

DIANA DURBIN

con

MELVYN DOUGLAS

JACKIE COOPER

en

REINA

A LOS 14

AÑOS

2

Plas

Publicaciones Cis



REINA A LOS CATORCE AÑOS

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PUBLICACIONES CINEMA
EDICIONES EXTRAORDINARIAS

Serie Esplendor

Domicilio: Balleu, 104 - Teléfono 75607 - Barcelona

Presenta

REINA A LOS CATORCE AÑOS

Dirigida por

EDWARD LUDWIG

Productor

JOE PASTERNAK

Una Superproducción



Distribuida por

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Casa central: Mallorca, 220 - Teléfono 80035 - BARCELONA

Argumento narrado por

CARMEN G. MANENT

PRINCIPALES INTERPRETES:

DIANA DURBIN	Alicia Fullerton
Melvyn Douglas.	Vicente Bullit
Jackie Cooper	Ken
Irene Rich	Sra. Fullerton
Nancy Carroll	Gracia Bristow
John Halliday.	Sr. Fullerton
Jack Searl	Tomás
Peggy Stewart	María Lee
Charles Coleman	Esteban
Grant Mitchell	Jeweler



REINA A LOS CATORCE AÑOS

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

Un hombre extraordinario

¡Muchachos! Antes de dar por terminado este festival, que ha sido un admirable exponente de la disciplina que reina entre nuestros «Boy-Scouts», desearía hablaros durante unos momentos acerca de nuestros futuros planes para el próximo verano. No ignoráis que uno de los principios básicos de nuestras asociaciones de América y del mundo entero, ha sido siempre hacer gala de la más leal y desinteresada camaradería entre los miembros de la organización. Ken Warren, uno de nuestros más relevantes muchachos, enterado de que alguno de vosotros tropezaba con ciertas dificultades para organizar los campamentos de verano, ha decidido hacer algo a fin de aportar los fondos necesarios. Pero dejemos que el pro-

prio Ken tome la palabra para exponeros sus planes.

El capitán de los «Boy-Scouts» de aquel lindo poblado cercano a Nueva York, que acababan de desfilar ante la tribuna de las autoridades al fin de la música de su banda, cedió el puesto a un muchacho de unos diecisiete años — el llamado Ken Warren — para que hablara a sus compañeros desde el estrado. Este hubo expuesto pronto su plan:

—Camaradas. Se trata de organizar una función teatral, parecida a la que celebramos el pasado año. Pero debo manifestaros que la idea no ha partido precisamente de mí, sino de la señorita Alicia Fullerton a la que todos conocéis sobradamente para que ahora os la tenga que presentar. Creo, por lo tanto, que debemos premiar a la señorita Fullerton por el interés que ha mostrado en ayudarnos, y, ruego a mis camaradas, vayan a su encuentro y la

conduzcan hasta aquí, para que dirija la palabra a todos...

La señorita Alicia Fullerton —catorce años, cara de ángel, ojos azules, cutis de nácar, pelo rizado— se ruborizó al oír pronunciar su nombre. Habría querido evadir el homenaje, pero era demasiado tarde. Ella había acudido allí como simple espectadora, sin ánimo de tomar parte en la fiesta, mezclada entre la multitud, mientras que su padre, el eminente hombre de Prensa, dueño de uno de los diarios de más circulación de Norteamérica, presenciaba el espectáculo desde la tribuna presidencial.

Los muchachos de la primera compañía obedecieron prestamente las órdenes de su jefe, colocándose en formación para ir al encuentro de Alicia. Esta se hallaba junto con otras muchachas y muchachos de su misma edad, ocupando un coche de turismo, y se resistió un poco a abandonar aquel puesto ignorado. Fue preciso que sus compañeros la animaran y que los chicos que habían ido a su encuentro mostraran la firme decisión de no dejarla hacer su santa voluntad para que Alicia se resignara a salir de su escondite, y se colocara entre sus guardias de honor, que la acompañaron hasta el estrado. Una vez allí, estrechó agorada la mano que le tendía el capitán y le dijo, con tono de reproche:

—No debían haberme obligado a subir. En estos momentos debería estar en mi clase de canto,

y si he venido aquí ha sido solamente para ver el desfile, y saludar a Ken. Cuando mamá se entere me va a reñir.

Pero el corazón de aquel hombre no se ablandó lo más mínimo al oír el tono piñidero con que Alicia había pronunciado aquellas palabras. Al contrario, insistió cruelmente en hacerla hablar. La nena, convencida de que toda objeción sería inútil, se resignó a hacerlo, y poniendo el rostro sonriente, dijo dirigiéndose a los muchachos que estaban pendientes de sus labios:

—Solo tengo que decirles que todos los organizadores del festival que vamos a celebrar, haremos todo lo posible para que esta función sea un éxito. No perdonaremos medio para ello y nada podrá impedirnos llevar a cabo nuestro plan. He de decirles, también, que será para mí un placer grandísimo el poder ayudarlos a organizar vuestros campamentos de verano.

—Y ahora, camaradas —dijo Ken—, van a oír cantar a la señorita Alicia Fullerton, la mejor de las canciones compuestas en loor de nuestra agrupación.

Y entonces, de la boquilla sonriente de Alicia salió la voz más encantadora que habría podido soñarse, voz de timbre magnífico, voz digna de ser envidiada por más de una artista profesional, y aquella voz deliciosa entonó una canción juvenil y alegre, en la que iba envuelto un elogio entusiasta para los bravos «boy-scouts» congregados allí con el fin de celebrar

una de sus fiestas tradicionales.

Al día siguiente por la mañana, Daniel Fullerton, el padre de Alicia, se hallaba en su despacho de la ciudad, ultimando los preparativos para la inserción de un articulo en el que se describía la simpática fiesta de los «Boy-Scouts». Juan, uno de sus empleados, le preguntó al al mencionar el nombre de su hija debería hacerlo dándole el tratamiento de señorita Alicia Fullerton, o simplemente Alicia. El padre sonrió. Evocó el rostro anifado de la gentil muchacha, sus ojos azules e inocentes y...

—¡Oh! Alicia a secas —ordenó—. Es todavía una niña. Y ahora que hemos solventado una cuestión tan importante como es la de decidir cómo hemos de llamar a mi retoño, esperemos que nuestro querido Bullit llegue lo más pronto posible para contar-nos todo este montón de cosas que trae de Europa. A propósito de Bullit. ¿Se ha sabido algo de él?

—No, todavía no. El vapor llegó a media noche.

—Ya podría haber dado señales de vida. Es capaz de no aparecer por aquí en quince días. ¡Si lo conoceré yo! Claro que venía un poco enfermo...

—¿Sabe usted lo que hizo? Según me han contado algunos que se hallaban en el puerto, le estaba esperando una ambulancia. Pues bien, desembarcó, puso sus maletas en ella, y luego, desapareció por escotillón.

—Veremos cuanto tarda en ve-

nir. En el curso de este último viaje estuvo perdido durante cincuenta días, pero entonces se hallaba en España, y España estaba en guerra. Es un incidente natural y lógico. Pero que yo sepa, no se ha declarado ninguna guerra en Manhattan, ¿no es cierto?

—Tal vez sufra de amnesia, señor Fullerton — insinuó el empleado.

Y, precisamente en aquel momento, sin duda para demostrarles que no sufría aquel terrible mal, al que tan propensos suelen ser los deudores, Vicente Bullit, el periodista más famoso de los Estados Unidos, hizo su aparición en la redacción del periódico. Antes de poder llegar al despacho de su jefe, hubo de sufrir un curioso interrogatorio de todos sus compañeros.

—¡Bullit! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo está esta herida?

—Perfectamente. Gracias.

—¡Vicente! ¿Cómo estás? ¿Se que has sido herido...? ¿Cómo va esto?

—Magníficamente bien — repuso el interrogado, cuyo rostro, pálido y enjuto, desmentía rotundamente lo que decían sus labios.

—Tienes que dejarnos ver la herida...

—Os haré pagar dos dólares a cada uno — insinuó Vicente, sonriendo—. Y, luego, dirigiéndose a uno de los jefes de la redacción:

—¿Dónde está Gracia? — inquirió.

Gracia era su novia. Periodista también, y uno de los elementos

más relevantes de la redacción.

—En Cuba — repuso el interrogado.

—¿En Cuba! ¿Y qué diablos ha ido a hacer allí?

—A escribir unos cuantos reportajes acerca de las nuevas elecciones presidenciales.

Bullit torció el gesto. No le hacía ninguna gracia la ausencia de su novia. Después de una larga separación, después de una prolongada permanencia en Europa, principalmente en España, haciendo reportajes sobre la guerra, y en donde había sido herido casualmente, durante una de sus visitas al frente. Bullit ardia en deseos de estrechar a Gracia entre sus brazos, de estar cerca de ella, de sentir la suave caricia de su mano posarse sobre su frente siempre ardorosa por la fiebre maligna que le había dejado la herida, pero aquel diablo de Fullerton, constituido en el verdugo de los dos enamorados parecía haberse empeñado en separarlos continuamente.

Fullerton salía en aquel momento de su despacho. Al ver a Bullit corrió hacia él, abrazándole efusivamente.

—¡Vicente! ¡Bien, bien, bien! ¡Encantado de verte de nuevo por aquí, después de tanto tiempo!

—Yo también deseaba verte, Daniel. ¡Qué bueno es volver a casa después de tanto tiempo de rodar por el mundo...!

Fullerton le amonestó sonriendo.

—Nunca habías hablado así. Será que te estás haciendo viejo...

A propósito, ¿cómo va tu herida?

—Bien. Me molesta un poco todavía, pero no es nada. Aquí me curaré.

—¿Sigues siempre la fiebre?

—Sí, un poco.

—Tenemos muchas cosas que contarnos, Vicente. ¡Muchas! No puedes imaginarle el interés con que aquí se han seguido tus correrías por Europa. En cuanto a tus crónicas, una locura, una verdadera locura... Eres el hombre del día, Bullit. Y vas a seguir siéndolo, por que tengo grandes planes para ti...

Vicente, le dirigió una mirada asesina.

—¿Dónde pienzas mandarme ahora?

—Pues... a China — repuso su jefe hablando completamente en serio.

Contra lo que era de esperar, el fatigado Bullit no hizo ninguna objeción. Al contrario, se mentó satisfecho:

—Me gusta... Así podré pasar por Cuba.

—¡Ah, pícaro! Sé lo que quieres decir. Pero te advierto que no te dejaré marchar hasta dentro de tres o cuatro semanas.

—Sugieras unas vacaciones...

—No es esta precisamente la palabra exacta. Unos días de reposo para poder escribir algunos artículos más, que sean como el resumen de todo lo que has visto en Europa durante estos meses. La situación del viejo Continente, los personajes que has entrevistado... El público los está espe-

rando ansiosamente. Ya te lo he dicho antes Bullit. ¡Eres el hombre del día!

—¿Y a eso le llamas descansar? —gruñó el periodista mirando de soslayo a su verdugo—. ¿Cuándo crees que voy a hacer los artículos? ¿Durante el sueño, tal vez?

—No, no, no. Escribiras todo esto en mi casa de campo, lejos del mundanal ruido y...

—¡Oh, no, gracias! En todo caso, iría a un lugar tranquilo, apacible, quieto...

—Mi casa de campo está enclavada en un lugar tranquilo, apacible, quieto...

—Sí, con cenas y baile, cuatro veces por semana, dos o tres fiestas en el Club, algunos preguntándole todo el día si sabes jugar al tenis, bridge todas las noches, golf, natación, equitación... No gracias, muchas gracias. Estaré más tranquilo en mi pequeño departamento de Broadway.

—No, Vicente. Yo tengo todo lo que tú necesitas en mi casa de campo.

—Lo que yo necesito es un buen beef-steak cada noche, acompañado con música de revistas, coristas, alegría...

—No, no amigo —repuso Fullerton paternalmente—. Estás demasiado débil para esto. Escúchame Bullit. Deseo hablarte en serio, completamente en serio. Eres el único periodista del mundo que puede escribir lo que yo quiero publicar en mi periódico. El único periodista del mundo que puede explicar a los americanos

lo que ellos desean saber acerca de Europa. Tú sabes que América tiene siempre los ojos puestos en el viejo Continente. Tú acabas de llegar de él. Tus ojos han visto muchas cosas; las viejas ciudades, los hombres de allá, has captado sus inquietudes, sus deseos, sus esperanzas, sus temores. Tú eres el único capaz de traducir todo esto en palabras y verlo en crónicas periodísticas. Tú puedes dar a nuestros lectores la noción exacta de lo que allí sucede, puedes hacerles vivir con tu prosa fluida, todas las emociones que has experimentado durante estos últimos meses. No se trata solamente de tu deber de periodista. Se trata también de cumplir un deber patriótico.

Fullerton delayó unos instantes el curso de su perorata para mirar por el rabillo del ojo a Vicente Bullit, y, comprobar por la expresión de su rostro, el efecto que sus brillantes palabras le habían producido. Su desencante fue tremendo al ver que el periodista se había quedado profundamente dormido. Sonrió benévolo y volviendo al dictófono, ordenó:

—Póngame en comunicación con la señora Fullerton.

Un momento después, su mujer atendía su llamada. Cogió el auricular y...

—¡Hola, querida! —saludó—. Oye me. Estaré aquí dentro de dos horas traeré a Bullit. Sí, ha llegado hoy. Está medio enfermo, necesita descanso absoluto. Hasle preparar las habitaciones del pa-

bellón. ¡No, no, nada de fiestas! Tranquilidad y reposo, esto es lo que necesita. Que todo esté listo para recibirlo dignamente cuando lleguemos ahí.

Era precisamente en aquel pabellón destinado a albergar a Bullit y, al mismo tiempo, proporcionarle la paz, el reposo y la independencia que tanto deseaba éste, en donde Alicia Pullerton y sus compañeros habían decidido hacer los ensayos de la revista que deberían representar dentro unos días en el magnífico festival organizado para allegar fondos a beneficio de los «Boy-Scouts», a fin de que todos, sin excepción, pudieran ir a pasar un mes en los campamentos de verano. La obra se titulaba pomposamente «El dilema de lady Iris», y lady Iris era Alicia en persona.

Habían improvisado un escenario, y la cortina se había levantado ya para dar paso a Alicia, que empezó a cantar una canción en un francés bastante regular. Lo más gracioso del caso era que aquella lengua extranjera había sido escogida para explicar a los futuros espectadores algo muy peregrino acerca de España, de las corridas de todos, de los boleros que acostumbra a bailar las lindas españolitas al són de las castañuelas, de lo delicioso que resulta la vida y el amor, bajo aquel sol y aquel cielo... La linda Alicia, convertida en una especie de Carmen de segunda mano, tenía que seducir con un juego de canto, sonrisas y mira-

das, a un José, interpretado por un muchacho que en la vida real se llamaba Tomás, y a quien Dios le había llamado por todos los caminos menos por los del arte escénico, a juzgar por la cara de estúpido que ponía desde el escenario.

*...brillamos un bolero
al són de las castañuelas.
Las bellas hijas de Cádiz,
gustan de bailar... ¡Ah!
Gustan de bailar... ¡Ah!...*

En aquel preciso momento, Esteban, el ayuda de cámara, acompañado de una de las camareras de la casa, sin preocuparse ni poco ni mucho de lo que pudiera ser del agrado de las bellas hijas de Cádiz, se disponía cruelmente a interrumpir el ensayo, a fin de preparar dignamente el pabellón para cuando llegara el huésped anunciado por el señor Pullerton. La compañía teatral, ignorante de la tormenta que se cernía sobre ella, seguía ensayando la bella escena romántica.

Ken, constituido en director, observaba atentamente lo que sucedía en el escenario. Ahora, Alicia tenía que mostrarse indignada contra el galán, que había querido propasarse con ella, tal vez arrancándole un beso, y debía abofetearle en pleno rostro, para demostrarle que las bellas hijas de Cádiz, a pesar de bailar boleros y sonreír irresistiblemente, llegado el momento psicológico, saben tener el alma en su armario. Lo malo del caso era que para llegar a aquella con-

clusión, el pobre rostro de Tomás hubo de recibir tres bofetones sucesivos, el que le dió primero Alicia «*motu proprio*», el que le dió Ken para demostrarle a Alicia que no había hecho la escena lo suficientemente a lo vivo, y el que le volvió a darle la interfecta una vez asesorada de cómo debía hacerlo para darle más realidad a la escena.

—En cuanto a tú, Tomás, debes poner más intención en todo ello. Es muy sencillo. Miras a Alicia fijamente, durante unos minutos, le tiras la flor con la que habrás estado jugando durante un rato, y luego te levantas...

—Pero así es lo que he hecho...

—arguyó el pobre Tomás.

—Sí, sí, lo sé, pero no me ha gustado. Otro director lo encontraría perfecto, pero yo no. Ya sabes que soy muy exigente. Deseo que todo salga a maravilla. Debes poner más vida, más pasión, más intención en todo, en una palabra, más realidad... Debes mirarla intensamente, tirar la flor así...

Ken hizo la escena, por cierto muy bien.

—Debes darle a entender que tienes el corazón destrozado... ¿Comprendes? Ahora, vamos a repetirlo todo. ¡Todos a sus puestos! Empecemos...

Pero estaba de Dios que el bueno de Tomás no habría de poder lucir sus cualidades histriónicas. Esteban, el cruel Esteban, hizo su aparición en escena, acompañado de la muchacha, el jardinero y otro hombre. Los

cuatro traían el avieso propósito de arrojar despiadadamente de aquel lugar a la alegre camarilla. El primer contacto con la realidad, fué el ruido que todos ellos armaron al empezar la limpieza de la habitación contigua. Alicia, ignorante todavía de la gran desgracia que les amenazaba, fué al encuentro del criado para ordenarle que cesara aquel ruido.

—Lo siento, señorita Alicia —fué la respuesta del fámulo—. Temo que tendrá que buscar usted otro teatro...

—¿Qué quieres decir con esto? ¿No comprendes que es imposible? Ahora lo tenemos ya todo montado y...

—Señorita Alicia. Su papá ha telefonado hace un rato ordenando que lo tuviéramos todo listo para esta noche. Parece ser que llega un invitado...

—Pero, ¿va a instalarse aquí?

—Sí, señorita.

—Debe haber un mal entendido. No es posible que...

—No hay mal entendido, señorita. Su mamá me ordenó tenerlo arreglado para las seis.

Un murmullo de exclamaciones acogió las palabras de Esteban.

Alicia se volvió hacia sus amigos:

—Aguardad un momento —suplicó—. Voy a hablar con mamá.

Ken, se volvió hacia Esteban para decirle:

—Pero, ¿no comprende usted que nos lo echan a perder todo? Se trata de una representación de mucha importancia...

—Sin duda, sin duda — aceptó Esteban.

Y dirigiéndose al jardinero:

—Jorge —le ordenó—, saca en seguida estos trapos.

«Estos trapos» eran el telón que habían improvisado. Ken y sus amigos tuvieron que contemplar con desolación infinita cómo aquellos verdugos destruyeron en un minuto el tinglado que tanto les había costado montar. Una de las artistas tuvo un acceso de rabia, y se fué derechamente contra el inocente Esteban, apastrofándole:

—¡Estese usted quieto! ¡Alicia dijo que iba a hablar con su madre. ¡No toque usted nada!

El dignísimo ayuda de cámara miró a la muchacha de arriba abajo, con una mirada de infinito desprecio, y repuso malhumorado:

—No ladres de esta manera, que no ha de servirte de nada.

—Yo no ladro... — arguyó la ofendida.

—Sí, ladras...

—¿Con que ladro, eh? Pues entonces morderé también...

Y lo hizo como lo había dicho. Se tiró al suelo como una fiera y clavó sus afilados dientes en la pierna de Esteban, que empezó a estallar.

—¡Socorro! ¡Me está mordiendo! ¡Me está mordiendo!

Entretanto, Alicia había corrido al encuentro de su madre, para contarle sus éxitos y movería a revocar la orden de expulsión decretada contra ella y sus amiguitos. La señora Fullerton, que se hallaba en las habi-

taiones del piso alto, bajó apresuradamente las escaleras, al oír los gritos de su hija. La niña se dirigió hacia ella, en tono suplicante.

—¡Mamá!

—¿Qué sucede, hijita? — preguntó solícita.

—¡Madre! ¿Sabes lo que acaba de decirme Esteban?

—¿Qué?

—Pues que tú le habías ordenado arreglar el pabellón para un huésped que debe llegar esta misma tarde. Pero nosotros estamos allá ensayando y... ¡Es ridículo mamá, pretender que...

No, hija mía, no es ridículo. Lo siento mucho, pero tu padre me telefonó.

—Pero, mamá... Tú no te haces cargo. Esteban me ha humillado ante mis amigas. ¡Es terrible!

—Sería peor si para acceder a tu capricho humilláramos a tu padre ante su huésped...

—¿Qué huésped es este?

—El señor Bullit.

—El señor Bullit... ¿Y, por qué no le hospedáis aquí, en lugar de hospedarlo en el pabellón? Tenemos ocho habitaciones vacías. El pabellón es húmedo, triste...

La madre sonrió, con aquella sonrisa dulce y suave, que había cautivado a Fullerton.

—Hija mía, el señor Bullit no es un huésped vulgar. Se instalará en el pabellón, y nosotros habremos que procurar que disfrute de paz y de quietud mientras permanezca aquí entre nosotros.

—Pero...

—No hay peros que valgan, Alicia. Si el señor Bullit no logra encontrar aquí la paz y la quietud que viene a buscar, se volverá corriendo a Nueva York.

—Se volverá corriendo a Nueva York... — repitieron los labios de Alicia.

—Sí, querida. Y nosotros no debemos permitir que esto suceda.

—¡Oh, no! —repuso la chiquilla, por cuyos labios vagaba una sonrisa indefinible—. ¡Claro que no! Si no encontrara aquí la paz y la quietud que espera... Gracias, mamá, muchas gracias...

No dijo más. Beó a su madre, dió media vuelta, y salió corriendo de la casa, atravesó el jardín como una flecha, y un instante después se hallaba de nuevo junto a sus compañeros de infantería, que la estaban esperando impacientes.

Media hora más tarde, Alicia y su pandilla, habían tramado un plan diabólico, destinado a turbar aquella paz y aquella quietud de la que el matrimonio Fullerton intentaba hacer disfrutar a su huésped de honor, el periodista Vicente Bullit, de quien todo el mundo esperaba una serie de artículos sensacionales.

—Vosotros os escondéis en el jardín, mientras yo hablo con él. Entonces...

—Tómala, que era un espíritu apocado, se atrevió a insinuar:

—¿No sería más fácil proseguir los ensayos en casa de María Lee?

—No, no — gritaron todas a coro.

—Decididamente, no — repuso

Ken, autoritario—. Aquí hemos empezado y aquí debemos continuar.

Y fue así, como se decretó hacerle imposible la vida a aquel infeliz Vicente Bullit, a quien el cándido señor Fullerton se proponía atraer a aquel apacible rincón provinciano, para que, bajo la benéfica influencia de la paz y la quietud del campo, escribiera aquellos artículos que harían vibrar de emoción a los lectores de su diario.

Salieron todos para encaminarse a sus casas, y regresar luego a la hora indicada para empezar a poner en práctica su plan. Ken, quedó un poco rosegado para decirle algo a Alicia, algo que pugnaba por salir de sus labios desde hacía rato.

—Alicia. Eres muy buena con nosotros. Tomarte tantas molestias para ayudarnos.

—Ninguna molestia, Ken. Papá dice siempre que cuando se da comienzo a una cosa, se debe llevar a término suceda lo que suceda.

—Tu padre tiene razón.

—Sí, pero no me tiene muchas consideraciones...

—¡Oh! No debes tomarlo así Alicia. Los deberes de tu padre deben ser incomparables con nuestras necesidades. Tiene mucho trabajo y...

Alicia hizo una graciosa mueca. Aquel gesticillo de su rostro quería significar siempre que estaba a punto de enojarse.

—No vas a salir en su defensa... — arguyó.

—No, Alicia. ¿Cómo puedes decir eso? Yo estoy siempre contigo.

—Gracias, Ken. Para todos nosotros, esta representación ha de ser más importante que nada. Si tú estas a mi lado...

—¡No me refería sólo a la representación, Alicia! —murmuraron los labios de Ken, que estaba contemplando a la niña con el mismo éxtasis con que habría estado contemplando a un ángel—. Me refiero también a... Quiero decir que... que yo estaré a tu lado siempre y...

—Siempre es decir demasiado.

—Estoy hablando completamente en serio, Alicia.

—Sí, sí, lo sé Ken. Ahora vote en seguida, y prepárate para secundar mi plan. Adiós.

—Adiós... — saludó Ken, resistiéndose todavía a marchar.

CAPITULO II

Rompimiento de hostilidades

Se oyó a lo lejos la bocina de un coche. Alicia se acercó a la ventana del pabellón, llevaba en la mano una lámpara encendida. La levantó a la altura de su rostro, la volvió a bajar...

Allá, escondidos entre los matorrales, se hallaban Ken y sus compañeros. El primero tenía en su mano derecha una lámpara de bolsillo, con la que contestó las señales que Alicia acababa de ha-

cerle desde la ventana. Se volvió luego hacia sus cómplices para decirles en voz baja:

—Quiero decir que el coche se acerca por la carretera. Todos en su sitio... Venid.

Cinco minutos después, Fullerton y Vicente Bullit descendían del coche que les había conducido hasta allí. El primero se dirigió a su huésped para decirle:

—¡Bien! ¡Aquí estamos, lejos del mundanal ruido, lejos de las multitudes ciudadanas, lejos...!

En aquel momento, algo vino a herir el rostro de Bullit, produciéndole la sensación exacta de una picadura de mosquito. Era Ken, el autor de la broma. Ken, oculto en la obscuridad, que había lanzado aquel pequeño proyectil contra la mejilla del recién llegado. Este soltó un pequeño grito.

—¡Ohhh! ¡Mosquitos!...

—¡Oh, no! —protestó Fullerton—. No seas aprensivo.

Un nuevo «mosquito» volvió a molestar a Bullit. Por lo visto los insectos de aquel paraje tiraban con bala. El periodista lanzó una mirada rencorosa a Fullerton, que seguía ponderando las bellezas del campo.

—Respira el aire fresco, contempla el cielo estrellado, el olor a tierra, el perfume de las flores.

—Perfectamente. Ya he oído bastante. Entremos si te parece...

Fullerton y el periodista entraron en la casa. La madre de Alicia salió al encuentro de ambos. Marido y mujer se abrazaron tiernamente, en seguida ella entrecchó la mano de Bullit, dán-

dole la bienvenida. Alicia, la traviesa Alicia, apareció por allí, para saludar a su vez al padre y al huésped. Este último se la quedó mirando unos instantes extasiado.

—¿Con que esta es nuestra niña? ¡Linda chiquilla, a fe mía! Tiene razón su padre en estar chocho con ella. ¿Se llama Elsie, no es eso?

—No, no Elsie. Alicia — rectificó ella.

—¡Oh, perdón!, recuerdo haberla visto en París hace algunos años. Salí del tren y se echó en mis brazos llamándome papaito...

El lindo rostro de Alicia se coloreó vivamente.

—¿De veras? ¡Qué tonta! Debia ser muy pequeña!

—Lo eres todavía instuó la madre sonriendo.

Ya lo sé, mamá —repuso Alicia mordiendo los labios— pero ahora ya no abrazaría al señor Bullit llamándole papaito...

Y luego dirigiéndose a su padre:

—Papaito, permítame que sea yo quien acompañe al señor Bullit al pabellón.

Su padre aceptó sonriendo.

—Bien, querida. Ya que te empeñas en ser tú la primera en hacer los honores de la casa a nuestro huésped...

Mientras cruzaban el jardín, camino del pabellón, Alicia instuó malévolamente:

—Espero encontrará magnífico el lugar que le hemos destinada. Por supuesto, la opinión de la servidumbre no creo pueda afec-

tarle demasiado. Es una superstición estúpida esta de creer que...

—No pudo terminar la frase. Bullit acababa de ser nuevamente víctima de aquellos endiablados «mosquitos». La primera parte del plan para hacer huir a aquel huésped inoportuno, estaba siendo llevada a cabo admirablemente. Los pequeños proyectiles lanzados por Ken, iban a dar certeramente en el blanco.

—¡Cielos! —exclamó la víctima llevando una mano a la parte dañada—. ¿Pueden ustedes vivir aquí con tantos mosquitos?

—¡Oh! repuso pérfidamente Alicia—. Solamente pican a los forasteros...

Pero en aquel momento, un ligero error de puntería de Ken, hizo que Alicia sintiera en su delicado cuello el roce de uno de aquellos supuestos mosquitos y se sintió un grillo. Bullit sonrió vengativo.

—¡Ah! Parece que la han tomado a usted por una forastera...

Alicia, no se dignó contestar. En el instante preciso en que iban a entrar al pabellón, dijo con tono indiferente:

—¿No tiene usted miedo?

—¿Miedo, de qué?

—De los fantasmas. Por supuesto, yo no creo en ellos, pero...

—¿Qué quiere usted decir?

—No quisiera asustarle, pero considero necesario advertirle. Desde que sucedió la desgracia, todo el mundo habla del fantasma.

—¿Qué desgracia? — inquirió el huésped intrigado.

—Se trata de mi antigua profesora de música. La pobrecilla se volvió loca de repente. Primero, empezó por sentirse muy triste. Siempre que tocaba el piano, usaba solamente las teclas negras. Una noche, a las doce en punto, murió. Claro que esto sucedió, porque tuvo la mala ocurrencia de ahorcarse...

—¡Ahorcarse!

—Sí. Ahorcarse.

Y, esto... ¿sucedió en el pabellón? Si que es una noticia alentadora... Claro, ahora comprendo. Ella es el fantasma de quien me ha hablado.

—Sí. Yo he de confesar que no lo he visto nunca, pero... Los criados aseguran haber tropezado con ella más de una vez. Por esto no suceden más que desgracias en este pabellón.

—Usted que es una mujercita inteligente, no creerá en estas cosas, ¿?

—¡Claro que no! Le he contado todo esto sólo para informarle.

Entraron en la casa maldita. Alicia le mostró las distintas habitaciones de que se componía el lindo pabelloncito, amueblado con un gusto exquisito. Bullit pareció satisfecho.

—Gracias, chiquilla. Ahora puedes marcharte — agradeció de pronto tuteándola.

—Oh, no — advirtió ella fingiendo no haber notado aquella repentina familiaridad y mucho menos aquel «denigrante» apodo de chiquilla con que él se baba de llamarla. Antes de irse debo

mostrarle donde está todo. ¿Qué le parece el dormitorio?

—Magnífico.

—¿Y la chimenea?

—Excelente.

—Aquí está el piano.

—Sí, sí, ya le veo — repuso Bullit que empezaba a sentir deseos de estar cómodo para darse un baño y ponerse a sus anchas antes de ser requerido para la cena — Adiós, Alicia, hasta pronto.

Pero la traviesa chiquilla no parecía dispuesta a marcharse. Se había acercado al piano, y...

—Señor Bullit — murmuró —

Me gusta mucho practicar en este piano, pero a causa de lo que le he explicado, no me atrevo a venir sola. ¿Le molestaría que aprovechara ahora la ocasión para hacerlo?

—¿Tocas el piano?

—No, es decir un poquito, lo suficiente para acompañarme en el canto.

—¡Ah! ¿Cantas?

Hubo una ligera pausa. Alicia esperaba que Bullit, aunque fuera por simple galantería, le invitara a cantar. Pero el periodista no parecía dispuesto a complacerla.

—Buen, ya me dispensarás. Quisiera estar sólo unos momentos...

Pero era ya demasiado tarde. Alicia se había sentado al piano y disfrutando magníficamente su voz, cantaba a grito pelado, con un desafinamiento digno de mejor causa. El rostro de Bullit expresó todo lo que sus labios no se atrevían a pronunciar. Entró en el dormitorio, cogió su maleta,

la abrió, buscó afanosamente un cuello una corbata... La voz estridente de la chiquilla seguía atronando el espacio. Vicente corrió hacia ella, se detuvo frente al piano, mirándola con expresión indefinible. Los ojos pequeños y vivarachos de Alicia, brillaban un mundo de malicia. Con el tono más inocente que pudo hallar, preguntó a su víctima:

—¿Busca usted algo?

—¡Sí! Un pedazo de cuerda.

—¿Un pedazo de cuerda! ¿Para qué?

—¡Para ahorcarme! Ahora empiezo a creer que tu profesora no estaba tan loca como supones cuando decidió suicidarse.

Alicia, sonrió pérfidamente. Sus planes estaban saliendo a pedir de boca. El inoportuno huésped de su querido papaito, no tardaría en tomar las de Villadiego, maldiciendo de aquel lugar, y prometiéndose no volver más.

Bullit, acababa de meterse de nuevo en el dormitorio dando un portazo. Alicia, al verlo desaparecer, se acercó a la ventana, sin dejar de cantar, hizo de nuevo la sésa convenida con la lámpara y volvió a sentarse ante el sonoro instrumento, para seguir atormentando las lechuzas con sus delicadas manos. Unas sombras se movieron en la oscuridad del jardín. Eran Ken y los suyos, que se preparaban para la última fase del drama.

Y, entonces, a los oídos de Bullit, llegaron una serie de ruidos extraños. Experimentó de pronto la extraña sensación de haber

sido trasladado a una selva, en plena tempestad, en la que a los ruidos de las fieras se uniera el silbar del viento, el rufiir del trueno, el ruido de la lluvia... Vivamente sorprendido, y, tal vez, francamente asustado se acercó a la ventana, miró a través de ella... En seguida, uno de aquellos mosquitos que le habían estado atormentando despiadadamente desde que llegara a aquel lugar «en busca de paz y quietud», volvió a picarle. Mientras tanto, allá en el cuarto contiguo, Alicia seguía desahinando a más y mejor, acompañándose ella misma al piano, con una serie de notas que estaban en completo desacuerdo con lo que pretendía cantar... Se había atascado en una estrofa y no había quien la sacase de allí.

—Soy feliz, feliz, feliz, feliz, feliz, feliz, feliz...

El que no era feliz, en absoluto, era el inocente Vicente Bullit, víctima del instinto vengativo de una chiquilla voluntariosa. La fiebre empezaba a apoderarse de él, rápida y brutalmente, como solía hacerlo. La frente le ardía, el pulso se le había alterado, la cabeza le daba vueltas... Y, mientras tanto, la voz destemplada de Alicia y los extraños ruidos que venían de aquel misterioso jardín seguían atormentando sus oídos...

—Soy feliz, feliz, feliz, feliz, feliz, feliz... — seguía bramando Alicia.

De pronto, la palabra se le quedó atascada a la garganta. Soltó un grito, que nada tenía que

ver con lo que estaba cantando. Un grito de franco, de verdadero horror. Se inclinó hacia atrás en el banquillo, y cayó al suelo, mirando con ojos desorbitados...

Un fantasma, un verdadero fantasma acababa de aparecer ante ella. Una sombra envuelta en un blanco sudario, agitando los brazos y lanzando unos aullidos capaces de poner la carne de gallina al guardián de un parque zoológico. Cerró los ojos horrorizada, convencida de que había llegado su última hora, y cuando volvió a abrirlos, el fantasma había dado paso a Vicente Bullit en persona, que se había quitado la sábana y miraba amenazadoramente a la asustada muchacha, que continuaba sentada en el suelo, temblando como una azogada.

—¡Ohhhhhhh! —pronunciaron las labias de Alicia, cuando recibió la palabra—. ¡Ohhhhhhh! —volvieron a repetir.

—No hay ohhhhhhh que valgan —repuso Bullit, inflexible—. ¿Con que tomándole el pelo al huésped de tu papá...? ¿Es esto lo que te han enseñado en el colegio?

Se dirigió a la ventana, provisto de la lámpara, al mismo tiempo que decía a Alicia:

—También yo conozco el alfabeto Morse. Ahora voy a decirles algo a tus pequeños cómplices... En cuanto a ti, vas a sentarte inmediatamente al piano, y seguir cantando si no quieres convertirte tú misma en el fantasma del pabellón.

Ken, captó las señales luminosas. Estas le demostraron que algo malo había sucedido en el interior de la casa. Decidió ir inmediatamente en socorro de su amiguita. Algunos se mostraban reacios, pero terminaron por ceder. Entraron en el pabellón, Ken llamó a Alicia por el diminutivo con que acostumbraba a nombrarla.

—Allie, Allie... ¿dónde estás?

La pobre Alicia se había levantado del suelo y esperaba resignadamente la sentencia que Bullit decidiera dictarle. Seguía temblando la pobrecita, sólo que su miedo y su temblor moviera a compasión a aquel corazón de granito.

Fue Bullit el que atipando la voz contestó por la muchacha.

—Estoy aquí.

Entró la camarilla en el cuarto, cuya luz había apagado el periodista un momento antes. Avanzaron cautelosamente... De pronto, se encendió la lámpara, y la figura de un hombre se ergió ante ellos amenazador. A su lado, una Alicia pálida y temblorosa, les miraba con sus ojillos azules, como pidiendo clemencia por no haber podido evitar aquella caída. Su primer impulso fue marcharse, pero la voz de Bullit le detuvo.

—¡Quietos! Tengo que decirles algo. Muchachos, sois la peor compañía de fantasmas que he visto actuar en mi vida. Sentaros todos y escucharme tratando de tranquilizaros, puesto que no os voy a comer. ¿Quién de vosotros

ha sido el gracioso que, actuando de mosquito, me ha estado molestando durante toda la noche?

—Yo, señor — repuso Tomás, cargando generosamente con la falta imputable a todos.

—Ven aquí.

Tomás avanzó unos pasos.

—Señor Bullit... — insinuó entonces Ken.

—Tú sientate y cállate.

—Señor Bullit — balbucearon los labios de Alicia.

—Tú hablarás más tarde. Ahora sientate.

—Pero, señor Bullit — insistió Ken —. Déjeme que le diga lo que ha ocurrido.

—No, no, será yo la que hable — gritó Alicia, levantándose y avanzando hacia el periodista —. Señor Bullit, nosotros no tenemos nada personal contra usted...

—Alicia dice la verdad. Nada personal, absolutamente nada... — recalcó Ken.

—Pongamos que no os gusta...

—insinuó Vicente, sonriendo.

—No es eso, señor Bullit. Es que... es que... queríamos librarnos de usted. Eso es todo.

—¡Ah, caramba! Con que no tenéis nada personal contra mí, pero queréis veros libres de mi presencia... En una palabra, queréis que me marchara...

—¡Eso! — dijeron todos a coro.

—Entonces... permitirme que os dé la mano a todos. Muchachos, lo que queréis vosotros es precisamente lo que yo he estado deseando desde que he llegado aquí. Marcharme lo más pronto posible.

Se volvió hacia Alicia.

—Pero tu padre, niña mía, piensa de una manera diferente.

—Entonces... Tal vez podamos ayudarle — insinuó Ken.

—Podríamos llevarle a casa de Esther Sullivan, y, tal vez, cogería el sarampión. Ella acaba de pasarlo... — insinuó una de las chiquillas del grupo.

—Sería un proceso demasiado lento... — repuso Bullit, sonriendo —. Vamos a ver, amiguitos... ¿Qué os parece el truco del amigo moribundo?

—¿Tiene usted un amigo moribundo? — inquirió Alicia.

—No, pero tal vez consiguiéramos una llamada de algún hospital de Nueva York. Un accidente, un amigo mío herido de gravedad, que reclama mi presencia allí. Tal vez pueda salvarle la vida... Pero me temo que una llamada telefónica no sería suficiente. Mi amigo Fullerton es un hombre muy obstinado. Será necesario remachar el clavo enviando un telegrama. Primero la llamada telefónica... más tarde el telegrama. «Leonard se está muriendo por momentos». Pero este dichoso telegrama debe ser puesto en Nueva York, de lo contrario se descubriría el truco.

—Papá tiene comunicación telegráfica directa con su oficina de Nueva York... — insinuó Alicia.

—¡Magnífico! Entonces tú te encargas de mandar el telegrama. Vosotros os cuidaréis de la llamada telefónica.

—¿Cuándo quiere usted que llamemos?

—Dentro de dos horas.

—Perfectamente — aceptó

Ker—. Vámonos, muchachos.

Y, dirigiéndose al periodista:

—Gracias por todo, señor Bullit — dijo.

—Las gracias ya las tengo que dar yo a vosotros — repuso el joven.

Alicia fue a acompañar a sus amiguitas hasta la puerta. Cuando regresó, Bullit se había sentado en un sillón. La niña corrió a su lado alborozada.

—¡Señor Bullit! ¡Qué bueno es usted! ¡Y qué simpático! Yo...

Se detuvo al ver que el joven se había llevado las manos a las sienes y se las oprimía fuertemente. Estaba palidísimo. Sin contestar a los efusivos elogios de la chiquilla, le dijo:

—¿Quieres hacerme un favor?

Tráeme un vaso de agua y una botella pequeñita, de color marrón, que encontrarás en mi maletín.

Alicia se le había acercado un más. Se inclinó hacia él, mirándole con ojos compasivos. Empezaba a darse cuenta de que Bullit se sentía indispuesto, seriamente indispuesto. Le preguntó asustada. —¿Está usted enfermo?

—No es nada, querida — repuso él sonriendo—. Un poco de fiebre. En seguida se me pasará...

Intentó levantarse, pero Alicia le detuvo por el brazo diciéndole:

—No, no se mueva. Yo le traeré lo que me pide.

Abrió el maletín, cogió la botella que le había indicado Bullit, corrió hacia el lavabo, cogió un

vaso, abrió el grifo del agua, y volvió al lado de Bullit. Este tomó una píldora, cogió el vaso que le tendía Alicia y ¡horror! el vaso estaba vacío. Alicia, en su azoramiento, se había olvidado de llenarlo. La niña se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—¡Oh, perdón! ¡Ha sido una distracción! Voy...

Pero Vicente la detuvo cogiéndola por la muñeca.

—No, no, gracias. Ya estoy bien.

Hubo un corto silencio. Bullit había cerrado los ojos y así permaneció unos instantes, quieto, inmóvil, sin decir nada. Alicia le observó primero con curiosidad, luego con interés. Se había imaginado un 'Bullit completamente distinto del que estaban contemplando sus ojos. Un Bullit larguirucho, delgado, feo y antipático. Y, he aquí, que aquel hombre tan odiado una hora antes, resultaba extraordinariamente atractivo. Rubio, de facciones correctas, alto, fuerte, y, sobre todo, ¡ah!, sobre todo simpatísimo. La manera que había tenido de conducirse con ella y sus amiguitas, había conquistado por entero la voluntad de Alicia.

Bullit abrió los ojos, y al sentirse contemplado con una expresión tan admirativa, sonrió con una sonrisa que no conseguía otra cosa que aumentar su atractivo. Alicia sonrió también, y le preguntó en voz baja, como si estuviera muy enfermo, y el más pequeño ruido pudiera hacerle daño,

—¿Cómo se siente ahora?

—Mejor, mucho mejor.

—Señor Bullit — siguió diciendo ella en el mismo tono de voz y poniendo una carita de pena que era un verdadero dolor — El yo... si nosotros hubiéramos sabido que usted estaba enfermo, jamás habríamos hecho lo que hicimos. De veras, de veras se lo digo.

—Bien, no digas nada de esto a tu padre y te perdonaré...

—No, no le diré nada, se lo prometo. Pero ahora lo que usted debe hacer es descansar. Yo le sacaré de la maleta las cosas que necesite.

—Creo que yo mismo podré hacerlo.

—De ninguna manera. Lo que tiene que hacer usted es estar quietecito, si no quiere que le vuelva la fiebre.

Bullit, que estaba todavía muy lejos de sentirse perfectamente bien, pareció aceptar encantado la sugerencia de Alicia. Intentó encender un cigarrillo, pero la mano de la chiquilla se lo arrebató antes de que hubiera podido hacerlo llegar a sus labios.

—No, no, usted no debe fumar. Esto le perjudica mucho. Debe estar un buen ratito descansando de una manera absoluta. ¿Se siente usted comfortable? ¿Quiere que le traiga una almohada?

Los ojos azules de Bullit la miraron unos instantes en silencio. La contemplación de aquella carita de ángel inclinada sobre él, observándole con una expresión entre compungida y compadiva,

debió ser muy de su agrado, porque sonrió complacido.

—No, gracias — dijo suavemente.

—Ahora yo voy a destacar la maleta.

Desapareció en el cuarto vecino. Vicente la oyó ir y venir, abrir y cerrar cajones. C cogió un cigarrillo, hizo el gesto de encenderlo, pero recordando tal vez la advertencia de la deliciosa chiquilla, renunció a aquel pequeño placer. Finalmente se levantó, se encaminó al dormitorio. Desde la puerta estuvo observando durante unos minutos, sin que ella se diera cuenta de su presencia. Finalmente le vio y...

—¿Por qué se ha levantado? — le reprochó.

—Ya me siento mejor. Es usted una enfermera maravillosa.

Alicia movió la cabeza.

—No, no, usted no está bien todavía. Tiene cara de fiebre. Siéntese, por favor. Tal vez tenga usted la grippe. Yo la tuve el año pasado.

—No, no es la grippe. Es una pequeña infección.

—¿Una infección? — inquirió Alicia poniendo cara de horror—. Ya, esto debe ser una cosa muy mala.

—No, el doctor que me visitó en España me dijo que no debía preocuparme demasiado. Que se iría sola, lo mismo que había venido.

—¡España! — murmuraron los labios de Alicia, y al prestigio de aquel nombre evocó quizá cuantas cosas bellas y románticas—.

¡España! — volvió a repetir esta-

siada—. ¡Oh, qué suerte tan grande haber estado allí! Usted es entonces el periodista que fué herido mientras hacía reportajes sobre la guerra. ¡Oh, qué cosa tan horrible!

—No tiene nada de extraño. Son gajes del oficio. Cuando dos se pelean, lo mejor es mantenerse lejos. Yo metí la nariz y el resultado fué un balazo en la pierna. Afortunadamente no se trata de nada grave.

—Y... ¿le duele mucho la herida?

—No, absolutamente nada. Lo único malo es la fiebre, pero también esto se curará. Y ahora, mi querida Alicia, debes marcharte a tu casa. Tus amiguitos no tardarán en dar la llamada telefónica y debo vestirme todavía.

Pero Alicia no se iba. Seguía contemplando a Bullit con ojos de tierna conmiseración. La fiebre, la herida en la pierna, las sencillas palabras del periodista, tratando de quitarle importancia a lo que ella consideraba una heroicidad, la franca mirada de sus ojos azules, su sonrisa benévola, su voz llena de modulaciones, el prestigio de aquel talento suyo que tantas veces había oído elogiar a su padre, todo, todo la retenía allí, rendida y cautivada por aquel extraño atractivo que emanaba de aquel hombre. Estaba sinceramente arrepentida y profundamente apenada por lo que ella y sus amigos habían intentado hacerle. No quería marcharse, no se resignaba a marcharse sin antes haberle dado

nuevamente toda clase de excusas y satisfacciones.

—Señor Bullit, yo, yo, yo... yo quisiera que usted me perdonara por lo que...

El periodista seguía sonriendo benévolo, pero no menos benévolamente la había cogido del brazo y la acompañaba hasta la puerta. Todavía Alicia seguía rascándose. Habría querido permanecer allí cuidarlo, hacerle descansar, y luego, cuando él estuviera bien recuperado, hacerle contar todas aquellas cosas maravillosas que habría visto en el curso de sus viajes.

—Señor Bullit —segua diciendo obstinadamente—. Me da mucha pena pensar en los ratos amargos que habrá usted pasado. Debe ser tan triste encontrarse en un país extraño, solo, herido, sin una persona amiga que pueda cuidarle...

CAPÍTULO III

Armisticio

—... y cuando ella me mandó llamar para que fuera a verla en la cárcel, me sentí un poco inquieto, lo confieso sinceramente. Después de todo se trataba de una espía, condenada a muerte por el Tribunal, después de un juicio sumarisimo. Claro que esas son eventualidades a las que uno debe estar preparado en tiempo de guerra.

Era Bullit el que hablaba. Estaban acabando de cenar. Reunidos en torno a la mesa se hallaban él, los Fullerton, marido, mujer y Alicia, que no había probado bocado, escuchando interesadísima el ameno relato que el periodista les hacía de sus últimas aventuras europeas.

—¿Qué lástima que no pudiera traerle usted uno de estos maravillosos chalets de España! — comentó la señora Fullerton.

Su hija hizo un gestecillo de enojo.

—¡Oh, mamá! ¡Quién iba a pensar en chalets! ¡En unos momentos tan terribles como aquellos!

Y luego, dirigiéndose a su huésped:

—Díganos, señor Bullit —inquirió con interés creciente—. ¿Qué sucedió luego? ¿Era ella realmente espía? ¿Estaba a la cabeza de una organización de espionaje?

—Esto fué por lo menos lo que me confesó unos instantes antes de ser fusilada.

—¡Fusilada!

—Al amanecer. Fué una cosa terrible, pero inevitable. Ella me contó su historia.

—Sí, Alicia. Antes de morir ella mandó llamar a Vicente y le contó la historia tan interesante que él va a escribirnos y que los lectores de mi diario leerán ávidamente. Durante dos semanas América entera estará pendiente de los artículos de mi periódico.

En aquel momento entró Esteban para anunciar que llamaban telefónicamente desde Nue-

va York. Se trataba de algo muy urgente. Fullerton se levantó, requirió el aparato y...

—¡Diga! ¡Diga! ¡Sí, sí, Fullerton! ¿Qué...?

Se oyó una voz femenina, la de una de las muchachas compañeras de Alicia, que, mintiendo descaradamente, fingía hablar desde Nueva York cuando en realidad lo estaba haciendo a menos de cien metros de distancia, desde una cabina del pueblo, rodeada de sus cómplices, que se apeletonaban a su lado.

—Aquí Hospital General. ¡Oiga! ¡Oiga! Señor Fullerton al aparato? Voy a ponerle en comunicación con la dirección de enfermeras.

La voz de otra muchacha se dejó oír para decir hipócritamente.

—¿Hablo con el señor Fullerton? ¡Sí! Estamos tratando de localizar al señor Bullit. Se trata de un caso de suma gravedad. Voy a ponerle en comunicación con la sala de operaciones...

Puestos a ser realistas, los compañeros de Alicia no habían olvidado ni un detalle. Recordaban haber visto una escena semejante en una película de gran éxito, y la estaban poniendo en escena con una propiedad digna de actores profesionales.

—Aquí, el doctor White —mintió la voz de Ken a través del aparato telefónico—. Un hombre llamado Leonard Martingale ha sido arrollado por un ómnibus. Llevaba una carta en uno de sus bolsillos, firmada por Vicente Bullit.

Esta desvariando y pide por él inalentemente. Se trata, como le he dicho, de un caso grave de lo contrario, no me habría atrevido a molestarle...

Fullerton, desvió un instante la atención del aparato para preguntar a Bullit:

—¿Tienes algún amigo llamado Leonard Martingale?

—Sí —repuso el interrogado—, ¿Está tal vez al teléfono?

—No, está en el hospital. No acabo de entender lo que me está diciendo. Hay un ruido infernal en la línea, pero por lo poco que he podido oír deduzco que su amigo ha sido herido...

El ruido infernal a que aludía Fullerton lo estaban metiendo los compañeros de Alicia, en la cabina telefónica, para dar mayor realidad a la comedia.

Fullerton cedió el puesto a Bullit. Este estuvo escuchando durante unos instantes.

—¡Oh, es terrible! —dijo al fin—. Sí, sí, desde luego, iré, iré si es necesario. ¡No faltaba más! ¿Qué dice usted? ¿Que está todavía bajo los efectos de la anestesia? ¿Cree usted que se salvará? En cuanto despierte del cloroformo, tengan la bondad de ponerme un telegrama en el caso de que me necesite.

Colgó el auricular. Se volvió hacia Fullerton.

—¡Pobre Leonard! —comentó tristemente—. Es un viejo amigo, al que apreció extraordinariamente. ¡Qué raro! He estado pensando en él durante toda la tarde.

—Tal vez no esté tan grave como han dicho. El primer diagnóstico es a veces un poco exagerado —insinuó Fullerton para animarle.

La cena había terminado. Los Fullerton y su huésped se encaminaron a la habitación contigua para tomar café. Bullit seguía con el pensamiento puesto en su pobre amigo.

—No habría creído nunca que Leonard pudiera ser víctima de un accidente.

El inocente Fullerton, bien ajeno a crear que entre Bullit y su hija le estaban tomando el pelo, arguyó:

—No te lo tomes así, Vicente. No tardaremos en saber cómo sigue...

Alicia y Bullit habían quedado un poco resagados. El primero sacó rápidamente un papel del bolsillo y se lo entregó a la niña diciéndola en voz baja:

—Ahora ha llegado el momento de mandar el telegrama. Aquí está. «Martingale gravísimo. Venga inmediatamente. — Doctor White».

—Martingale gravísimo. Venga inmediatamente. Doctor White —repitió Alicia leyendo el papel que le había dado el periodista.

Un instante después, la traviesa niña, se había encerrado previamente en una habitación, y cogiendo el teléfono, llamó:

—¡Oiga! ¿Redacción de «El Globo»? Aquí la señorita Fullerton. ¿Quiere usted ponerme en comunicación con Western

Union? Deseo mandar un telegrama.

Allá en el saloncito íntimo de la casa, Bullit acababa de pararse ante un magnífico piano de cola, y le preguntaba a su amigo:

—Por lo visto tenía piano en toda la casa...

—Mi mujer y Alicia son extraordinariamente aficionadas a la música — repuso Fullerton.

—¿De veras? No lo habría dicho nunca...

Se apartaron un poco del instrumento. Alicia entró en el salón, se acercó al piano, y un momento después, una voz angelical se escuchó en los oídos de los dos hombres. Bullit se volvió rápido, y sus ojos asombrados vieron la gentil figura de la chiquilla sentada ante el piano cantando:

*¿Te ha dicho nunca alguien
que eres la imagen de un ángel?
Estás hecha para ser adorada.
Eres la perfección misma,
Lo único que me atormenta,
es el temor de que seas sólo un
sueño.*

Seguran un montón de frases tan bellas y tan románticas como las primeras. Alicia estaba cantando el retrato de una mujer adorable. Una mujer como la que sería ella seguramente dentro de dos o tres años, una mujer cuya imagen resultaría digna de ser inmortalizada en un lienzo. Poco, muy poco le faltaba para serlo ya. Crecer un poquitito, perder la expresión infantil de su rostro fresco y delicioso, dejar de hacer travesuras para convertir-

se en una mujercita formal, alargarse un poco la falda, recibir la primera carta de amor...

Terminó la canción. Fullerton aplaudió.

—Es una vieja costumbre familiar — dijo dirigiéndose a Bullit —. Todas las noches Alicia tiene que cantar para pagar su cena...

—Entonces será llegado el momento de decirte que debes alimentarla bien. Nada de dejarla comer chocolatinas y helados...

La señora Fullerton besó cariñosamente a su hija. Los ojos pequeños y vivarachos de la chiquilla tenían un brillo perezoso. Repuso graciosamente al humorístico comentario de Bullit.

—¿Has oído mamá? El señor Bullit quiere decir que ya empiezo a ser una mujer y...

—¿Viene Ken esta noche? — preguntó la señora Fullerton.

—¿Quién? ¿Ken? ¡Ah, no, no lo creo. No hemos quedado en nada.

—¿Quién es Ken? — inquirió el periodista repentinamente interesado.

—Es el afortunado sustituto del último novio de Alicia. Este último novio era nada menos que lord Byron — aclaró el padre, riendo burlescamente.

—¡Papá! — reprochó Alicia —. ¿Qué cosas de decir! ¿Qué va a creer de mí el señor Bullit!

—Ya tendrá usted ocasión de conocerlo — aclaró la madre —. Está siempre aquí.

En aquel momento llegó el tan esperado telegrama. El periodista se lo entregó a Fullerton, sin

abrir, rogándole que lo leyera.

—No me atrevo a hacerlo yo. Temo que sean malas noticias. Lo mejor que puedo hacer es marcharme inmediatamente. El pobre Leonard...

Pero Fullerton le detuvo con un gesto.

—Aguarda un momento. No seas tan pesimista. No hay motivo alguno para preocuparse. Fíjate en lo que dice. «Me siento mucho mejor. Quédate donde estás y descansa. Lo necesitas. Abrazos — Leonard».

Las miradas de Vicente y Alicia se cruzaron. Las del primero expresaban curiosidad y reproche, las de la segunda, temor.

—Parece... parece que ha decidido ponerse mejor a fin de no privarnos de su compañía — balbucearon los labios de la niña.

—Sí, sí, así parece... — resumió tristemente Bullitt.

—Tenta la seguridad de que sucedería esto — comentó el bueno de Fullerton.

—Sin embargo... yo no me fio mucho — persistió en decir Bullitt—. Se trata de un caso grave. Podrían sobrevenir complicaciones. Mejor será que me marche.

—No, seguramente no sucederá así. Gracias a Dios, se pondrá bueno pronto y usted no tendrá que dejarnos, señor Bullitt — insistió Alicia optimista—. Y ahora, si ustedes me lo permiten, voy a acostarme en seguida. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hija mía — repuso la señora Fullerton besando amorosamente a su retoño.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, hijita.

—Buenas noches, señor Bullitt.

—Buenas noches... preciosa — saludaron los labios del periodista.

Apenas la niña había desaparecido escaleras arriba, la señora Fullerton comentó:

—Es la primera vez que se va a la cama voluntariamente, sin que tengamos que refírirla.

—Nuestra pequeña Alicia es a veces una ferecilla — hizo observar Fullerton, cayéndosele la baba, como sucedía siempre que hablaba de su tierno retoño. Es un poco rara, pero ¡tan deliciosa! Quisiera tener seis como ella.

—¿Seis? — inquirió el periodista que recordaba las escenas del pabellón.

—Sí, seis, ya tal vez me parecerían pocas — replicó el padre convencidísimo.

Alicia había subido a sus habitaciones, pero no para meterse inmediatamente en cama y dormirse como un angelito, sino para abrir apresuradamente su diario, aquel diario tan amado en el que reseñaba uno a uno, todos los acontecimientos de su vida, y escribir en él algo solemne, algo que más tarde, andando los años, le haría tal vez sonreír con melancolía, con esta melancolía que dejan en nuestro ánimo las cosas bellas de un pasado que no vuelve nunca.

LUNES, 3 DE AGOSTO.

Querido diario:

Hoy tengo que decirte algo muy grande, muy grande... He conocido a un hombre, un hombre extraño, romántico, solitario. El ha hecho cambiar el curso de mi vida. Ya no soy la niña de ayer. ¡Soy una mujer! ¡El me necesita! ¡Soy tan feliz...!

CAPITULO IX

Cupido hace de las suyas

Las diez de la mañana del día siguiente sorprendieron a Alicia en el jardín de su casa, cogiendo flores y hablando sola. Mal síntoma para una niña de catorce años que el día anterior ha encontrado «un hombre extraño romántico y solitario». Señal de peligro inminente. Cupido preparaba sus flechas, para herir aquel corazón de adolescente, que no conocía todavía el significado de la palabra AMOR.

—Sí, señor Bullit—iba diciendo la niña ajena a todo lo que no fuera su dulce inquietud—. Sí, yo fui la que redacté aquel telegrama para obligarle a permanecer aquí, en lugar de marcharse como era su deseo. Tenía muchas, muchas razones para hacerlo. ¡Que por qué lo hice? ¡Oh, señor Bullit! Usted sabe mejor que nadie que lo que usted necesita es descansar, y no irse a aquel horrible Nueva York, donde

todo el mundo tiene fiebre, hasta los que no han sido heridos en la guerra, como usted. No, no, lo que usted tiene que hacer ahora es quedarse aquí muchos días, hasta que se ponga bueno. Sólo entonces le dejaremos ir, y con una condición: la de que venga a vernos a menudo.

El perro de Alicia seguía a su amita con las orejas tiesas, escuchando con una atención summa las extrañas palabras que salían de labios de la niña. ¿Quién diablos sería aquel señor Bullit que tanto preocupaba a su querida Alicia? Ladró suavemente para atraer su atención, dispuesto a sentirse celoso de aquel ser misterioso a quien él no conocía todavía, y al que, ella se empeñaba en retener allí.

—Y ahora, señor Bullit, gracias por permitirme llamarle Vicente a secas. Bien, Vicente. Usted debe cuidarse, cuidarse mucho. Se debe a sus lectores, a papá, a mamá, a mí misma... Todos le queremos mucho, y no vamos a permitirle salir de aquí. Claro que lo que hice ayer con el telegrama no está muy bien hecho, pero... era el único modo de retenerlo, y demostrarle que no quería que se marchara. Usted que es tan bueno me perdonará esta segunda travesura. Sí, sí, usted me...

La interrumpió una voz severa, que le decía:

—Debería darte una buena tanda de azotes, esto es lo que yo debería hacer contigo.

La voz severa procedía de la garganta de Bullit, que había sa-

lido un momento antes al jardín, y había oído la segunda parte del solloquio de la niña. Alicia le miró aterrada, pero aquel hombre cruel, en lugar de dejarse ablandar, siguió diciéndole con el mismo tono severo e implacable: —Eres una traidora. Esto es lo que tú eres...

—Señor Bullit, yo, yo, yo... — balbuceó Alicia a punto de llorar.

—... un lobo en traje de deporte — sentenció cruelmente el periodista.

—¡Oh, no, Vicente! Digo, señor Bullit. Yo no soy nada de eso, se lo aseguro. Quise solamente ayudarle, salvarle de su soledad...

—¿Y quién te nombró mi ángel guardián?

—Nadie, señor Bullit, pero... verá usted... si yo dejó que le suceda algo malo, papa no me perdonará nunca. Es por eso que...

Afortunadamente en aquel momento apareció la madre de Alicia. De no haber sido así, el que se habría convertido en un lobo habría sido Bullit, y sin duda alguna, se habría comido a la infeliz Caperucita.

—Buenos días, mamá — saludó Alicia corriendo a su encuentro y besándola en ambas mejillas.

—Buenos días, señora Fullerton.

—El señor Bullit y yo estábamos conversando.

—Sí, de cosas muy interesantes.

La señora Fullerton sonrió benevolamente.

—Alicia es una pequeña charlatana, pero una charlatana muy linda. ¿No es eso, señor Bullit? — inquirió la madre orgullosa de la celestial belleza de su retoño.

—Lindísima. Está hecha un ángel, un verdadero ángel.

—¿Para quién son estas flores, querida?

—Pues para... para tí mamá — mintió Alicia. (Cada una de ellas había sido recogida pensando en... Bullit).

—¿No crees que sería delicado poner algunas en las habitaciones de nuestro huésped? — insinuó la señora Fullerton.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí!

—¿No atraen los mosquitos? — preguntó el periodista con la peor de las intenciones.

Alicia se ruborizó ligeramente. —¡Oh, no! — murmuró bajando los ojos para evadir la mirada burlesca del joven.

Y luego, dirigiéndose a su perro:

—Vamos, Apolo del Belvedere — le dijo —. Vamos a poner las flores en el cuarto de V... del señor Bullit.

Apenas había desaparecido, la señora Fullerton comenzó sonriendo.

—Es terrible... pero es deliciosa. Quisiera tener así como ella.

—¿Sais? Uh-huh... Sais usted, seis su marido, y llegamos a la docena...

Alicia entró en el pabellón ocupado por el periodista, grácil y ligera como al tuviera alas en los pies. Se sentía feliz, extraordinariamente feliz. Habría querido

cantar, bailar, correr, gritar, hacer mil diabluras, pero no hizo nada de esto. Se limitó a colocar las flores en distintos sitios de la habitación, procurando arreglarlas lo mejor posible, a fin de que cuando «Vicente» las viera, pensara en que la pequeña Alicia tenía tan buen gusto como una mujer.

Se volvió de pronto al oír el ruido de pasos que se acercaban. No, no era el periodista. Eran sus amigos Ken, Tomás, Mary Lee. Alicia no se turbó al verlos, saludándoles con la más cariñosa y efusiva de sus sonrisas.

—¡Buenos días! ¿Cómo estás? Pensaba en vosotros, mientras arreglaba estas flores que acabo de coger del jardín.

—¿Qué sucedió anoche? — inquirió Ken.

—Nada, absolutamente nada.

—¿Cómo que nada?... ¿Y la llamada telefónica?

—Ah, sí, la llamada telefónica — replicó indiferentemente Alicia. No iré a creer que papá se dejó engañar ni un solo minuto...

—Pero ¿y el telegrama?

—¿El telegrama? Si no se dejó engañar por la llamada telefónica, ¿cómo queréis que creyera lo del telegrama? — siguió mintiendo Alicia.

—Entonces... ¿qué sucedió?

—No sucedió nada, ya os lo he dicho.

—¿Y por qué le estás poniendo estas flores? — inquirió Tomás un tantillo escarnado al ver el cambio de actitud de Alicia respecto al huésped indeseable.

—Tengo una idea... — insinuó

entonces Mary Lee—. Si no quisiere marcharse, esta noche podríamos ponerle en la cama algo que...

Alicia la rechazó con un gesto olímpico.

—¡Oh, no! Nada de eso. El señor Bullit está herido. Sí, mientras estaba haciendo reportajes en España, fué a la primera línea y recibió un balazo en una pierna...

Aquel impresionante relato no pareció afectar lo más mínimo a sus compañeros, ni mucho menos, predisponerles a ser benévolos con el intruso. Ken comentó amargamente:

—Sí, y mientras tanto, él ha herido de muerte nuestra representación.

—Claro que podemos ensayar en casa de Mary Lee... — insinuó Tomás.

La aludida pareció encantada con la idea, y así se lo hizo saber a sus amigos, pero Ken, con una evidente falta de galantería, rechazó la sugerencia de su amigo.

—Oh, no, lo siento, pero no es posible. Trae mala suerte el cambiar de lugar durante los ensayos. En fin, lo esencial es saber si nuestro hombre se marcha hoy...

—Lo ignoro — repuso Alicia—. Pero si queréis saberlo, se lo preguntaré ahora mismo. Mamá y él se están preparando para dar un paseo a caballo. Yo iré en su busca y le hablaré de eso...

—Buena idea. Volveremos más tarde para conocer su respuesta.

—De todos modos... ¿no sería posible ensayar en casa de Mary Lee?

Ken, en lugar de contestarle, la cogió por el brazo y la alejó un poco del grupo. Entonces le dijo:

—Tú sabes lo que significaría esto. Mary se empearía en tomar parte en la función.

—¿Y por qué no habríamos de dejarla?

—Es que lo que ella quiere es representar tu papel.

Alicia se encogió de hombros. —No creo que valga la pena de oponerse — insinuó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, que no merece que nos preocupemos tanto por esta dichosa función. ¿No sería mejor sentarse bajo un árbol y pensar... dejar correr la imaginación...?

Los ojos de Ken expresaron un asombro difícil de describir. Contempló unos instantes a Alicia, y luego, no atreviéndose a preguntarle si se había vuelto loca, inquirió:

—Pensar... ¿en qué? ¿En las musarñas?

—No seas estúpido, Ken. ¡Hay tantas cosas bonitas en el mundo! ¡Nosotros no nos hemos movido de este rincón, pero...

Pensaba en Bullit, en los viajes de Bullit, en los vastos horizontes, en las ciudades famosas del Viejo Mundo, en todas las cosas bellas que había visto aquel hombre.

—No comprendo lo que quieres decir — objetó Ken que estaba muy lejos de poder seguir la fugitiva imaginación de su amiga.

Los labios de Alicia pronun-

ciaron unas palabras que tuvieron la virtud de asombrar mucho más a Ken, de lo que estaba ya.

—Eres demasiado joven para comprender.

—Gracias, abuelita — dijo irónicamente el aludido.

—No seas tonto. Tú sabes de sobra lo que quiero decir. Hay una cosa en el mundo que vale más que todo. Paz, quietud...

—¡Paz, quietud! — repitió Ken, cuyo asombro iba en crescendo a medida que su amiga hablaba.

—Ayer querías echarlo todo abajo porque tu padre, tu madre y el señor Bullit nos impedían ensayar en el pabellón, y hoy hablas de paz de tranquilidad... No te entiendo, Alicia, de veras que no te entiendo.

—Ni falta que te hace — repuso ella olímpicamente—. Tú no puedes comprender que me encuentro entre dos fuegos...

—¿Entre dos fuegos? ¡Alicia! ¡Alicia! Ahora sí que empiezo a asustarme.

Las palabras que siguieron tuvieron la virtud de hacer llegar al colmo su desconcierto primitivo.

—Escucha, Ken. Estoy pasando unos momentos difíciles. Necesito un amigo...

—¿Un amigo? ¡Pero si los tienes a centenares! Todos los que te conocen son amigos tuyos.

Alicia sonrió. Hizo un gracioso gesto con la mano.

—Adiós, Ken — dijo. — He tenido un verdadero placer en verte.

Ken la detuvo.

—Aguarda un momento. ¿Dónde vas?

Alicia tardó unos instantes en responder. Los suficientes para tener tiempo de adquirir un aire misterioso y decir lánguidamente:

—¿Quién lo sabe? Tal vez al Cairo, o Cathay...

Ken, decidió dejarla por imposible, pero antes le hizo una última pregunta:

—Alicia... ¿Recuerdas todavía lo que te dije el otro día?

—¿Te refieres a la función? ¡Oh! No tengo la menor duda de que todo saldrá admirablemente.

—No me refiero a esto.

Iba a decir algo sin duda de gran importancia para él, pero la actitud lánguida y lejana de Alicia le detuvo.

—Bien, no habiemos más de esto. Adiós y que te vaya bien... por el Cairo y Cathay.

Tal como la niña había indicado, la señora Fullerton y Vicente Bullit habían salido juntos a dar un paseo a caballo. Pronto divisaron un grupo de amazonas que se les acercaba. La señora Fullerton sonrió al verlas, y, dirigiéndose a su compañero le dijo:

—Me tamo que vienen derechamente a su encuentro. Se están muriendo de ganas de conocerle. Inconvenientes de la celebridad...

Bullit, hizo un cómico gesto de desesperación.

—¿Y, para eso, he despertado al pobre caballo a las nueve de la mañana? — comentó.

La señora Fullerton estaba en

lo cierto. Un instante después, un grupo de bellas amazonas les había alcanzado y no precisamente con ánimo de saludarla a ella sino de ver de cerca al fenómeno. Ni qué decir tiene que el fenómeno era Vicente Bullit. La madre de Alicia hizo las presentaciones.

Saludos, sonrisas, palabras de bienvenida, preguntas, miradas, todo lo soportó cristianamente el periodista. Pronto, lo que él tanto había temido antes de aceptar la invitación de su jefe, se convirtió en realidad. Cada una de aquellas encantadoras hijas de Eva se empeñó en invitarle a una fiesta, llamase baile, cacería, té, etc. La señora Fullerton intervino compasiva para asegurar a sus amigas que Bullit tenía ya una serie de compromisos ineludibles. Una de las señoras se creyó obligada a protestar acusando de querer acaparar a su huésped. Otra se había apoderado de Bullit, y le estaba asediando a preguntas, empeñada en que le contase las incidencias de una corrida de toros. Era inútil que el infeliz jurara y perjurara que durante el tiempo que había estado en España no tuvo ocasión de asistir a ninguna de ellas. Otra se empeñaba en que fuera a su casa para conocer a su marido, con quien seguramente encontraría un gran placer en conversar largamente. Otra quería comprometerle para jugar juntos una partida de tennis... Bullit, pálido, demudado, sintiendo que le llegaba la fiebre, se veía cercado, acorralado, traído

y llevado por aquellas ninfas en traje de montar, siendo inútiles todos los esfuerzos que hacía para zafarse de ellas.

Proclamamente cuando más apurado se hallaba tratando de rechazar a todas de una vez, se oyó un grito femenino, un grito de terror, que hizo enmudecer a aquellas lindas cotorras. El grito había partido de la garganta de Alicia.

—¡Socorro, mamá! ¡Socorro!

—¡Es Alicia! — gritó a su vez la señora Fullerton, viendo horrorizada, pasar velozmente a la niña montada a caballo. Por lo visto, este se había desbocado, poniendo a la gentil amazona en un grave peligro.

Bullit hizo dar un prodigioso salto a su caballo; saliendo así del círculo que formaban a su alrededor las amigas de la señora Fullerton y corrió detrás de Alicia. No tardó en ponerse al lado del caballo de ésta. La niña seguía gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Bullit se incorporó en su silla, alargó el brazo hasta alcanzar la cintura de la niña, la agarró fuertemente, la levantó, atrayéndola hacia sí, pero entoncez su propio caballo hizo un brusco movimiento, desmontando al jinete, que cayó al suelo, arrastrando la dulce carga. Caída sobre la hierba, los dos protagonistas del drama, se miraron unos instantes en silencio. Y en el rostro sonriente de Alicia, en sus ojos azules, llenos de malicia, le-

yó el periodista toda la amarga verdad. La niña le había tomado el pelo, haciéndole una vez más, víctima de su travesura.

—¿Qué demonio te inspiró la idea de hacernos correr detrás de ti? — resongó.

—¿Dónde estoy? — Inquirió Alicia fingiendo desvanecer.

—Estás sentada sobre mi estómago — aclaró Bullit. En efecto, el cuerpo de Alicia descansaba sobre aquella parte de su cuerpo.

—Creo que me he desmayado susurró Alicia, sin moverse.

—Seguramente por eso continúas sentada sobre mi estómago.

—¿Esta usted herido?

—No, mejor sería decir... deslucido. Supongamos que te levantas, dejando de peso mi estómago libre, tomas los dos caballos y te alejas... para no volver. No importa que luego empiece a llover, o que nieve, o que granice. No reveles mi paradero a nadie, ¡a nadie!

—¿He hecho algo malo otra vez?

—Malo precisamente, no. Pero no creo que sea una idea muy buena la de irte a dar un paseo con un caballo grandote como este, cuando no sabes montar.

Alicia hizo un guiño pícaro.

—Pero si yo monto perfectamente. Lo hice apropósito.

—¿Conque lo hiciste apropósito?

—Sí, quería rescatarte a usted. Ahora que ha conseguido escapar no tendrá que comprometerse a



Alicia empezó a cantar con su voz maravillosa.



—Vamos a ver amiguitos: ¿Qué os parece el truco del amigo
mochibundo? — aclaró Bullit.



Alicia no se iba. Seguía contemplando a Bullit con ojos de buena commiseración.



El periodista acudió al teléfono en donde se le requería con extrema urgencia.



— Buenas noches, Sr. Bullit—dijo Alicia acercándose cariñosamente al periodista.

— Debería darte una buena tanda de azotes, esto es lo que debería hacer contigo.





— Duermec, hija mía, y no pienses más en este periodista del diablo — le dijo el Sr. Fullerton a su hija.



— He venido a despedirme, Alicia — dijo Ken, después de saludarla.

hacer todas estas cosas que ellas querían.

Bullit rió y su risa tuvo la virtud de poner radiante el rostro de Alicia.

—¡Eres una muchacha maravillosa!

Pero en seguida la miró con desconfianza.

—No... ¡No será otra de tus tretas? — inquirió.

Aquellas palabras ensombrecieron el rostro de Alicia.

—¡Oh, no! — contestó muy serceta. — Yo le prometo que jamás volveré a traicionarle. Yo le he metido en este enredo, y seré yo misma quien le saque de él. Voy a ayudarte en todo, si usted me lo permite.

—¡Permitírtelo! ¡Claro que sí! Vas a ser mi tabla de salvación. Y como desde este momento queda sellada nuestra amistad y pasamos a ser algo así como dos cómplices, creo que deberías apagar el tratamiento y llamarme sencillamente Vicente.

El rostro de Alicia expresó ahora una felicidad rayana en el éxtasis.

—Gracias, señor Bu... digo, gracias, V'conte—repuso.

Aquella noche, cuando Alicia pudo reclinar en la soledad de sus habitaciones, y se quedó a solas consigo misma, con sus sueños de adolescente, con su íntima dicha, cogió el diario y trazó unas líneas en las que estaba condensado un mundo de felicidad.

VIERNES, 5 DE AGOSTO

Hoy me cogió en sus brazos y

me dijo que le llamara Vicente. Ha sido un día perfecto. Soy feliz.

—Perfecto — pronunciaron los labios de la niña, soltando la pluma y cerrando los ojos para ver mejor lo que pasaba por su alma.

Era el primer amor, el dulce, el insalvable, el inocente primer amor. Alicia empezaba a dejar de ser niña para convertirse en mujer. Todavía este cambio no le había hecho derramar las primeras lágrimas y por eso le parecía tan delicioso.

CAPITULO V

Celos

Al día siguiente, Tomás y Ken se hallaban en el cuarto de baño de la residencia que habitaban junto con otros compañeros. Tomás le estaba diciendo a su amigo algo un poco amargo, y desagradable de oír.

—Yo te aseguro que Alicia ha estado huyendo de nosotros durante estos últimos días.

—Es que está buscando el modo de librarse del huésped.

—¿Yendo con él a pescar, a pasear en bicicleta y a montar a caballo? ¡Bonito modo de librarse de él!

—Su madre la obliga a hacerlo.

—¿Asistirá mañana a nuestra reunión?

—No puede. Tiene que ir al dentista.

—Es extraño que no pueda darnos un minuto.

—¿Qué culpa tiene ella si se ve obligada a ir al dentista?

Se estaban afeitando, tarea por demás casi completamente inútil porque sus rostros eran casi imberbes. Pero estaban en aquella edad en la que el afeitado constituye un placer.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció en ella la traviesa Josefina. Ken, al verla, soltó un respingo.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar en el cuarto de baño cuando están en él dos hombres?

—Lo siento, pero tengo que decirles una cosa muy importante— repuso la niña con malicia.

—Veamos qué es esta cosa tan importante que tienes que decirnos. Desembuchá pronto.

—Se trata de Alicia.

—¿Alicia!

—Sí. La vi con... con este hombre, el periodista. ¿Sabéis dónde estaban?

—¿Dónde?

—En la posada de Monte Kisco. Tomás se volvió hacia su amigo comentando irónicamente:

—Conque el dentista, ¿eh? Era un alma candida.

Ken se mordió los labios.

—¿Te vió acaso ella?

—No. No tenía ojos más que para «Vicente».

—¡Vicente! ¡Le llama Vicente! — comentó Tomás riendo con alborozo.

—¿Y qué importa cómo le llame? — repuso Ken contentándo-

se para no abofetear a su amigo.

Cogió sus cosas y se dispuso a abandonar el cuarto. Tomás le preguntó:

—¿Dónde vas?

—A ver a Mary Lee.

—Iré contigo — insistió Josefina.

—No, tú quédate aquí y límpiate la navaja. En cuanto a ti, cuidate de hacer los preparativos para la reunión. Que no falte ni uno.

La amiga de Alicia no había mentido. La hija de Fullerton y el periodista mimado de su padre se hallaban en aquel momento en la Posada de Monte Kisco, un bar muy selecto y muy concurrido, entretenidos como dos chiquillos. Bullit, el hombre del día, el repórter genial, el impenitente trotamundos, el «héroe» de la imaginación de Alicia, había vuelto a la primera infancia, o había decidido convertirse voluntariamente en la niñera de la gentilísima chiquilla, porque en lugar de mostrarse impaciente y malhumorado, parecía tomarse la cosa muy a gusto.

Jugaban ahora a un juego muy entretenido. La habilidad de Alicia dejaba mucho que desear. La de Bullit, en cambio, era admirable, como todo lo suyo. Un motivo más de admiración que añadir a los múltiples que anidaban en el corazón de la niña. Alicia palmeaba de gozo, reía, gritaba... era feliz, absurdamente feliz. Pero como la dicha es breve, pronto iba a aparecer una ligera nube en el horizonte de la suya.

Y fué que cuando más entrete-

nida estaba reparándose para hacer una jugada, vió entrar de pronto a Ken, acompañado de Mary Lee, muy cogiditos del brazo, embebidos en una charla al parecer muy íntima. Ken, fué el primero en divisar a Alicia y saludarla, usando el cariñoso diminutivo:

—¡Alicia! ¡Alicia!

Luego, muy ceremonioso, se volvió hacia el periodista.

—¿Cómo está usted, señor Bullit? Ignoraba que estuviera usted aquí todavía.

El interrogado guiñó un ojo, diciéndole:

—Ella tiene la culpa. Me ha hecho víctima de una traición infame. Claro que con la mejor de las intenciones. Tú ya sabes cómo son las mujeres.

—Sí... lo sé — repuso Ken con una intención mucho peor que la que hubiera podido tener Alicia.

La niña pareció turbarse. Fué con evidente timidez que contestó las palabras de Bullit.

—Te explicaré... Papá insistió tanto en que el señor Bullit terminara sus artículos antes de marcharse que yo...

Y Mary Lee, que nunca había mantenido relaciones cordiales con la hija de Pullerton, repuso con las de Cain:

—Sí, claro, y tú quieres ayudar a tu padre a dirigir el periódico, por eso has decidido que el señor Bullit se quede aquí con nosotros.

—Y... ¿de qué tratarán estos artículos? — Inquirió Ken después de una corta pausa.

—De cosas muy interesantes— aclaró Alicia. — Cosas de todo el mundo, de la situación de Europa, de la guerra.

También yo tengo una noticia que comunicarle, aunque no tan interesante ¡claro! como las del señor Bullit. Mary Lee va a interpretar Lady Iris.

Contra lo que Ken esperaba, Alicia pareció encantada con la idea de ser sustituida.

—¡Magnífico! — aceptó.

Ken se volvió entonces hacia el periodista:

—Señor Bullit, puede usted quedarse ahora todo el tiempo que le plazca, ya no necesitamos el pabellón. Hemos encontrado otro lugar donde seguir ensayando... Adiós, Alicia, que te diviertas mucho; adiós, señor Bullit. Espero verle mucho tiempo por aquí.

Y se fué, muy digno y muy indiferente. Levándose del brazo a Mary Lee, no sin haber esombrado al periodista y su compañera haciendo una jugada magnífica en el juego que aquellos estaban practicando, para mostrar sin duda a su amiguita que también él sabía hacer las cosas bien, aunque no fuera tan célebre como Vicente Bullit.

Mary y Ken, se fueron al mostrador. Estaban bebiendo unos refrescos, pero Ken necesitaba mucho más que una bebida helada para refrescarse un poquito. Su encuentro con Alicia, acompañada de Bullit, había hecho arder la sangre en sus venas. Murmuraba entre dientes, sin hacer el menor caso de su compañerita.

—¡Me ha mentido, sí, me ha mentido! Decirme que iba al dentista para marcharse a divertirse con ese...

El calificativo que Ken decidió dedicar al inagente periodista era tan fuerte, que decidió dejarlo inédito. Se volvió hacia Mary Lee, y le dijo bruscamente:

—Ahora vamos a trabajar.

Dijo luego al encargado del mostrador:

—Cárgalo en nuestra cuenta.

El buen hombre inició un argumento de protesta.

—Escucha, Ken... Tu madre me dijo que no te sirviera nada a...

—Por favor, Caggy... — suplicó Ken, sonriendo. A propósito. Además de lo nuestro, carga también un helado de chocolate para la señorita Alicia y una cerveza helada para el señor que la acompaña, y que les servirás inmediatamente.

Cuando el camarero presentó a Alicia el helado con que el «galante» Ken había decidido invitarla, hizo un gestecillo de protesta.

—¡Oh, no, no quiero helado! Lo único que deseo beber es un vaso de agua.

Y luego, volviéndose hacia Bullit:

—Hace más de un año que no tomo ningún helado de chocolate.

El periodista sonrió. Miró asombrado la cerveza que el camarero le presentaba y...

—¿Para mí? — inquirió.

—Sí, señor.

—Bueno. Ahora tráigame uno de esos... ¿cómo le llaman? Un

cornet de chocolate, avellana y plátano...

Y Alicia, que se moría por todas aquellas cosas que estaba nombrando Bullit, sacó instintivamente la lengüecita y se relamió los labios, como si experimentara ya el gusto de aquel helado que Bullit mandaba preparar... ¿para él? ¡Oh, no! Para él no, seguramente le haría daño. Indudablemente para ella...

Mary Lee preguntaba en aquel momento a su amigo, no sabemos si con mala intención o sin ella, porque con las mujeres uno no sabe nunca a qué atenerse.

—El señor Bullit es muy atractivo, ¿no es cierto?

—Sí, sí. Muy atractivo...

—Tú también eres muy simpático...

—Olvídemos eso — replicó Ken impacientemente —. Tú me estás haciendo un favor muy grande.

—No me refería a la función... insinuó Mary Lee, con toda la malicia que le permitía su corta edad.

—Todo mi interés está concentrado ahora en eso — replicó Ken mintiendo descaradamente.

—Quiero que sea una cosa perfecta. Es la última representación que voy a dirigir.

—¿La última...? ¿Por qué?

—Pues porque me va a ser un poco difícil volver aquí para poner en escena representaciones infantiles cuando esté en la Marina.

Los ojos de Mary Lee expresaron asombro y admiración. Preguntó con interés:

—¿Ken! ¿Es que vas a ir a Anópola?

—No. Ir a Anópola es lo mismo que seguir yendo a la escuela. A donde voy a ir es a incorporarme a la Marina.

—¿Y viajarás mucho?

Ken hizo un gesto vago. En su interior estaba pensando: «Si viajaré tanto como este impertinente y antipático señor Bullit». Pero se guardó muy mucho de manifestar este pensamiento en voz alta delante de su amiguita.

—Pues... Un poquito, claro. El Cairo, Cathay... Esío, es, China, y otros lugares.

—¡China! — repitieron los labios de Mary Lee, con un frunce de admiración.

—Sí, China, pero no digas nada de esto a nadie...

—¡Oh, no! No se lo diré a nadie, tenlo por seguro — repuso su amiguita. Tratándose de una mujer, era tanto como decir: «Descuida, que dentro de una hora lo sabrá todo el mundo».

—Quiero decir que no me gustaría que se hiciera mucho ruido acerca de esto. Me molestan mucho las despedidas. Además, ella podría creer que todo esto es un poco infantil.

¿Quién era aquella ELLA, a que aludía Ken? Alicia Fullerton, sin duda alguna. No se necesitaba ver un línce para adivinarlo. Pero Mary Lee creyó prudente no dárselo a entender así así a su compañero. Prefirió hacerse la inocente y preguntarle con una ingenuidad llena de malicia:

—¿Quién habría de creerlo?

Ken prefirió dejar las cosas co-

mo estaban, y no meterse en aclarar aquel punto que, Mary, se empeñaba en ver obscuro, cuando en realidad era clarísimo.

—Dejemos esto y vamos al ensayo... señorita Lady Iris...—inclinó.

—¿Lady Iris! — clamó Mary Lee en el colmo de la dicha—. ¿Quién habría podido imaginar que yo haría este papel? ¡Oh, Ken! Eres un muchacho maravilloso, simplemente maravilloso, y yo te quiero mucho.

Y, sin duda, para demostrarle que su entusiasmo era tan real como sus palabras hacían aparecer, recitó su linda cabecita sobre el hombro del adolescente galán, que le dejó hacer sin grandes protestas, pero con el ceño fruncido.

Al cabo de un momento, viendo que ella no tenía intención de cambiar de postura, le dijo intencionadamente:

—Reserva todo esto para Tomás. Yo estoy completamente desilusionado de las mujeres...

Entrelanto, la cruel, la coqueta, la «niña terrible», Alicia Fullerton, sin preocuparse ni poco ni mucho del amargo concepto que de las criaturas de su sexo pudiera tener su amigo Ken, seguía junto a Bullit, mejor dicho, junto a Vicente, cada vez más coladita, la pobre, por aquel ser excepcional, por aquel ser extraordinario, por aquel ser maravilloso (según opinión de ella) que la Providencia había colocado en su camino, para convertirla a los catorce años en la más feliz, la

más absurdamente feliz de las mujeres.

Volvían a casa en bicicleta, cantando alegremente. Alicia lo hacía bien, pero Vicente, entre cuyas múltiples cualidades no podía decirse que estuviera la de emular a Caruso, desafinaba que era un primer. La voz de la niña era más cristalina, más pura, más sonora y aterciopelada que nunca, la de Bullit, bastante bronca, pero hacía sol, el campo estaba maravilloso de paz, de quietud—agurilas dos cosas que Bullit había ido a buscar allí y Alicia era la criatura más deliciosa que habían visto los ojos del periodista desde que se asomaron al mundo, todo lo cual, le hacía sentirse desprecupidamente feliz.

Cuando terminaron la canción, en la que la palabra amor se repetía tres o cuatro veces, Alicia preguntó a su amigo:

—¿Qué más conoce usted?

Vicente adoptó una actitud misteriosa.

—Canción ninguna, pero en cambio conozco un secreto...

—¿Un secreto? — inquirió la muchacha abriendo mucho los ojos.—¿Y no querrá revelarlo a nadie?

—Eso depende de ti.

—¿De mí? — siguió inquiriendo la niña enrojeciendo ligeramente.

—Uh-huh... Es un secreto tuyo.

—Yo no tengo secretos.

—Entonces será que mis ojos de linco me han engañado esta vez, aunque a decir verdad, no puedo acabar de creerlo. Tú estás loquita perdida por alguien...

Ahora Alicia enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Usted no está hablando en serio, puesto que está convencido de que a mi edad es una tontería pretender hablar de amor...

—Al contrario, lo encuentro naturalísimo y... ¿cómo diría yo? Hermosísimo.

—¿Está usted hablando en serio? — inquirió nuevamente su compañera.

—Sí.

—No, no. Usted se está burlando...

—¿Burlarme de una cosa tan sagrada como el amor? ¡Jamás!

—Una cosa sagrada — repitieron los labios de Alicia como un suspiro.

—Tan sagrada que con sólo pensar en ello me siento otra vez joven...

—¡Pero si es que usted es joven todavía...! — gritó más que dijo Alicia, como si quisiera convencer a todo el mundo de la exactitud de su aseveración.

—Por lo menos hoy me siento joven. ¡Qué digo joven! ¡Jovenísimo! Voy en bicicleta, como helados de chocolate, descubro amor en unos ojos jóvenes y bellos...

Hubo unos instantes de silencio. El periodista sonreía viendo la turbación de Alicia, cuyas mejillas se habían teñido de vivo carmin. Alicia en cambio, estaba muy lejos de sonreír, se había quedado serietita de repente, extrañamente serietita... Temblaba casi su voz al balbucear...

—Entonces... cuándo... cuán-

do adivinó usted que yo... que yo...?

—Pues sencillamente. Cuando él te dijo que la otra iba a interpretar el papel de Lady Iris.

Si Vicente Bullit no hubiera estado tan ajeno de pensar que aquella linda criatura que tenía a su lado, estaba pasando un sarampión de amor, y que él sólo él era el causante de aquella enfermedad, habría notado en seguida el brusco cambio que se operó en Alicia en un solo minuto. En seguida los labios de la niña, preguntaron con un asombro en el que había un indefinible eco de dolor:

—Cuando él... me dijo...

—Uhhuh...

—¿Qué fue lo que le hizo creer a usted que...?

—Me di perfecta cuenta en seguida de que estás chaladita por él. Te advierto que también él está loquillo por ti. Te felicito porque es un excelente muchacho.

—Sí, un excelente muchacho—repitió Alicia, y en sus palabras había un acento de amargura.

—¿Quieres un buen consejo? No permitas que ninguna otra muchacha te lo quite. Aquello que él te dijo acerca de la representación lo hizo a propósito para ponerte celosilla. Créeme, querida niña. Yo soy un experto en esta clase de cosas. No dejes que nadie te arrebathe su amor...

Aquel día, la mano temblorosa de Alicia trazó unos renglones en su diario, unos renglones breves, concisos, pero de una elocuencia arrebatadora.

JUEVES, AGOSTO, 13.

«Hoy ha sido un día negro.»

Y al día siguiente:

VIERNES, AGOSTO, 14.

«Día negro también, muy negro, peor que el anterior... Mañana es su cumpleaños. No importa lo que me ha hecho sufrir. Yo deseo que sea muy feliz.»

CAPITULO VI

Dulces inquietudes

Alicia se hallaba en el jardín de su casa, sentada en un banco, bajo un árbol, en la actitud pensativa, triste y desolada que convenía a su nueva y tristísima situación. Después de dos días, negro el uno, negrísimo el otro, no era cosa de pretender que la chiquilla estuviera de humor para cantar lindas canciones, pasear en bicicleta, ni siquiera coger flores del jardín hablando sola y produciendo con ella la estupefacción de Apolo de Belvedere, su fiel perrito. No, ahora no habían flores, no había bicicleta, no había perro, no había amor. Todo era negro, triste, espantosamente triste... Alicia lloraba por dentro, aunque por fuera sus ojos azules y expresivos estuvieran secos.

Su padre había salido al jardín y al notar la presencia de la niña, fué lentamente a su encuentro. Se inclinó sobre ella sin que su hija se diera cuenta y la

besó tiernamente en la mejilla. Sólo entonces salió Alicia de aquella especie de sopor doloroso en el que se hallaba sumida desde hacía largo rato, y fué para sonreír tristemente al autor de sus días.

—¿Qué te pasa, hijita? — preguntó Fullerton extrañado de la actitud de Alicia.

Por toda respuesta, ella se encogió de hombros.

—¿Fiebre primaveral o excesivo trabajo en los ensayos? — siguió preguntando el padre, creyendo todavía que su retoño iba a tomar parte en la función.

—No, nada de eso, papá. Estoy perfectamente.

—Entonces... ¿Por qué no ayudas a tu madre en preparar las cosas para la fiesta de esta noche en honor de Vicente?

Alicia se encogió de hombros.

—No me necesita.

—Por cierto que has estado muy quietecita estos últimos días... ¿No te habrá sucedido nada malo? — insistió en preguntar el padre, cada vez más extrañado de la actitud de su adorada chiquilla.

Estaba tan acostumbrado al dinamismo de la niña, a sus travесuras, a sus insubordinaciones, a su ir y venir, a sus gritos, a sus cantos, a sus caricias, que casi no podía pasarse sin todo esto.

—¿Hay algo en el mundo que no sea malo? — pronunciaron los labios de Alicia.

Fullerton se alarmó. Miró extrañado a su hija, y luego, medio en serio, medio en broma, repuso:

—¡Oh! Estas palabras en una niña de tu edad... Vamos, vamos, si algo te sucede, cuéntamelo sin temor. Me encama seriamente esto de que no se te haya oído rechistar en todos estos días... Eres tan traviesa y tan alborotadora...

—Si no me has oído, será porque has estado muy ocupado con el señor Hallit.

Fullerton creyó haber adivinado. Su hija, su niña mimada, la pequeña tirana de la casa, estaba celosa de la atención que su padre dedicaba al huésped. Sonrió maliciosamente:

—Vamos, Alicia... Esto no va a durar eternamente. Vicente se marchará pronto a la China, y entonces yo podré estar por tí. Tú sabes que tu padre te quiere más que a nadie, aun cuando está ocupado, y no puede dedicarte mucho rato...

—Sí, al papá, lo sé — agradeció Alicia besando cariñosamente al autor de sus días. Si éste hubiera sabido que no era por él la melancolía de su hija, sino por otro hombre, tal vez habría sido el padre el que se habría sentido celoso.

—¿Quieres que te traiga algo de la ciudad? — inquirió Fullerton rozando con sus labios el cabello de la niña.

—No, nada, gracias, papá.

—Supongo que tendrás de nuevo necesidad de dinero...

—Um-um... pero no importa.

Fullerton sonrió. Sacó un dólar de su bolsillo y se lo entregó a Alicia, diciéndole:

—Bien, bien, bien... Toma esto y compra algo bonito y sencilo

lle para Vicente. Y ahora, adiosa querida...

Dió unos pasos, pero se detuvo al oír la voz de su hija que le llamaba.

—Papá, papá, papaito...

La niña había corrido a su encuentro. Se paró junto a él y...

—Papaito...—repetió.

—¿Qué hay?

—¿Qué quieres que compre con un solo dólar?

—¡Oh! cigarrillos, algo por el estilo.

—Si le regalo cigarrillos, no podrá acordarse mucho tiempo de mí...

—Pero Alicia, no pretenderás que Vicente Bullit se acuerde mucho tiempo de ti. Tiene demasiadas cosas en la cabeza... Se trata de demostrarle solamente que tú te acuerdas de él en un día señalado como éste y le haces un pequeño obsequio.

Pero Alicia no parecía convencida. Las argumentaciones de su padre podrían ser muy lógicas, pero...

—Papá — insinuó atrevidamente al autor de sus días, decidida a romper la resistencia.—¿No podría adelantarme algo a cuenta de mi asignación del mes próximo?

Fullerton pareció escandalizarse.

—Pero hija mía, si ya te la he dado, ¿recuerdas? Me la pediste hace unos días para comprarte el vestido de la función.

—Papá... no te pido otra cosa sino que me adelantes este dinero. A cambio de él te daré un cheque, te firmaré un pagaré...

Fullerton soltó la carcajada. La ocurrencia de su hija era verdaderamente peregrina. Sacó otro dólar del bolsillo, se lo alargó y...

—Toma, hijita — le dijo.—Con tus ideas financieras probablemente irás muy lejos. Te veo en Washington, convertida en la primera mujer Senador. Adios...

—Adios... — repasó la niña mirando tristemente el escaso pedacillo.

Se dirigió a la terraza. Allí estaba su madre, subida en una escalera, arreglando unos cortinajes, sonriente y atareada. Su hija le preguntó si podía ayudarla en algo. La señora Fullerton le contestó en sentido negativo. Pero la niña no se iba. Miraba a su madre por el rabillo del ojo, tratando de descubrir en su rostro su probable estado de ánimo. Debía parecerle propicio a lo que ella deseaba, porque empezó a decirle:

—Mamá, yo quisiera que...

Se había equivocado. La señora Fullerton adivinó en seguida lo que la niña quería decirle y se lo negó de plano.

—No, Alicia, ni un solo centavo. Te vi un momento sacándole dinero a tu papá. Ahora vete de aquí y juega por el jardín, por donde quieras, pero no empieces a enteder. Estoy muy ocupada.

Y se metió de nuevo en su trabajo, olvidada completamente de su retoño y de las culpas que pudiera tener. Alicia, un tantillo amargada al ver la indiferencia de sus progenitores para lo que ella consideraba una gran trage-

día, se alejó lentamente. Sentía un dolor muy grande y muy hondo, unas ganas de llorar, un desasosiego, una inquietud. ¿Qué no sería capaz de sentir aquel tierno corazón de catorce años ante el terrible problema que para él representaba adquirir un presente digno para regalar al hombre adorado? Un presente que obligara a recordarla siempre, a través del tiempo...

Sus pasos se encaminaron hacia el jardín. Al pie de la escalera se hallaba Esteban, el criado mayor de la casa. Alicia y él se habían llevado siempre perfectamente. El buen hombre había visto nacer a la niña, y la adoraba. Claro que no era tarea difícil adorar a Alicia Fullerton. La pícara se le acercó mimosa.

—Hola, Esteban — saludó cariñosamente.

—Buenos días, señorita Alicia — repuso el criado, sonriendo a aquel ángel.

Pero aquel ángel no era de fiar. Por lo menos, aquel día tenía propósitos diabólicos. Le bastó a Esteban la pregunta que ella le hizo con voz dulcísima y carita inocente, para convencerse de ello.

—¿Cómo van las cosas, Esteban?

Cada vez que Alicia le preguntaba con aquel mismo acento irresistible. «¿Cómo van las cosas, Esteban?». El infeliz Esteban sabía que llevaba las de perder. Fue por eso que aquel día, le contestó con el mismo tono respetuoso de siempre, pero al mismo tiempo con un acento tan firme que

no admitía ni la más ligera réplica.

—Si por «cosas» entiende usted las carreras, puedo decirle señorita Alicia, que he tenido en estos últimos días, mucha, muchísima suerte... Sólo que a esta palabra debe anteponerse otra... Si, he tenido mucha mala suerte... Por eso no puedo prestarle ni un solo centavo...

Alicia soportó heroicamente aquella tercera negativa a sus anhelos que recibía en el corto intervalo de quince minutos, y alzando los ojos al Cielo, exclamó resignada:

—Es la Fatalidad...

Entretanto, sus amiguitos procedían a ensayar la comedia:

—«Lady Iris: Una vez más coloco estas flores a vuestros pies, junto con mi corazón...»

En estos o parecidos términos se estaba expresando Tomás, investido de la responsabilidad de su papel de galán.

Lady Iris, o sea, Mary Lee, se dejaba querer lindamente, con una coquetería digna de su sexo. Tomás siguió diciendo:

—«¿Cuál es vuestra respuesta, señora?»

La respuesta fue tan cruel como breve.

—«¡No!» —pronunciaron los labios de Lady Iris.

—«¡No!» —repitieron los del galán... — ¡No! ¿Y por qué?

Lady Iris habría podido contestar sencillamente que porque no le daba la gana, pero no lo hizo porque era muy bien educada. Se limitó a soltar una respuesta ambigua:

—Contestaré siempre lo mismo: No, no y no...»

—No, no, no, —dijo Ken interrumpiendo, pero aquellos «no» querían significar que la interpretación de Mary Lee estaba muy lejos de satisfacerlo. Se volvió a ensayar, y esta vez la cosa fue un poco mejor, un poquito tan solo. Claro que María Lee no era Alicia Fullerton. ¡Oh, Alicia estaba tan deliciosa diciendo aquellos «no, no, no»...!

Ken, se deleitó unos instantes evocando la querida imagen, repitiendo aquel nombre con el pensamiento.

Y he aquí que, de pronto, como obedeciendo a su conjura, la gentil figura de la niña hizo súbita aparición allí. Ken, que estaba hablando con Tomás acerca de algunos pormenores de su papel, se quedó contemplándola arrobado.

—¡Alicia! dijo al fin.

Entonces se dió cuenta de que Alicia llevaba colgado del brazo el vestido que se había confeccionado para el segundo acto de *Lady Iris*. Interpretando torcidamente su presencia, el muchacho, que había perdido por completo la conciencia de sí mismo y estaba intentando recobrarla, se dispuso a acceder de antemano a todos los caprichos de Alicia.

—Veo que has traído tu traje... Es el caso que ya habíamos empezado a ensayar con Mary Lee, pero no te apures, yo le hablaré y le diré que renuncie a su parte para cedértela de nuevo...

Alicia hizo un gesto negativo.

—No, no es esto lo que quiero, Ken. ¡De ninguna manera! Yo he

venido para hablar con ella, pero no para pedirle lo que tu te imaginas.

Y se fué inmediatamente al encuentro de su rival para decirle, en voz baja y actitud tímida, como si fuera a pedir un favor y temiera que éste le fuera negado:

—He pensado que tal vez te interesaría comprarme este vestido, puesto que tú vas a sustituirme... Píjate, es muy bonito.

La respuesta de Mary estuvo muy lejos de ser cordial. Fué con un gestecillo de olímpico desprecio que rechazó la sugerencia de su amiguita.

—No me interesa. Ya tengo el mío propio, que me ha confeccionado la misma modista que hizo el de Catalina.

Alicia bajó la cabeza. ¡Era el Destino, el cruel Destino de aquel día aciago! Por cuarta vez fracasaba en su empeño de allegar los fondos necesarios para comprar a «Vicente» aquel regalo que la obligara a recordarla toda la vida. ¡Toda la vida!, día por día, hora por hora, minuto por minuto... ¡Y todavía le parecería poco!

La crueldad de Mary no se detuvo allí. Fué mucho más lejos todavía. Se volvió hacia Ken, con la peor intención del mundo, sugirió:

—Si te parece, ahora que los visitantes se disponen a marcharse, nosotros podríamos continuar ensayando...

El único visitante era Alicia, porque los demás chicos y chicas agrupados en torno a Ken y Mary tomaban parte en la obra. La niña recogió la alusión. Dió media vuel-

ta y se dispuso a marcharse, pero antes quiso despedirse de Ken, de su buen amigo Ken, que tan amable había sido siempre con ella, y, que ahora, tampoco parecía dispuesto a extremar su gentileza.

—Adiós, Ken, —le dijo tristemente.

Y, luego, haciendo un esfuerzo para cambiar de actitud:

—¿Cómo te va? —inquirió.

Ken tardó un momento en contestar. En seguida, adoptando un aire de contento, repuso alegremente:

—¡Maravillosamente bien! ¡Divirtiéndome horrores! Y tú... ¿Cómo sigues?

—Perfectamente, gracias —repuso Alicia, con un tono que quería decir: «Mal, muy mal, cada vez peor; yo creo que voy a morir».

—Me alegro tantísimo. Y... ¿el señor Bullit?

—¡Oh! V... el señor Bullit está mejorando sensiblemente. El aire del campo le sienta muy bien. Adiós, Ken.

—Adiós, Alicia.

La despedida había sido lo suficientemente fría para dejar aún más triste a la infeliz Alicia. ¡Y pensar que todo aquello, la desafiadora hostilidad de Mary, la evidente frialdad de Ken, la indiferencia de sus amiguitos, las negativas a sus intentos de solucionar su problema económico, las noches en vela y los días negros de su diario, todo, se lo debía a aquel riquísimo de Vicente Bullit, que seguía tan feliz y tan contento habitando el pabellón, y creyendo el muy tonto que ella

estaba enamorada de Ken. ¡Oh! ¡Qué cruel, que cruelísima era la vida! Pero todavía le quedaba sufrir otra humillación. Alicia no se decidía a marcharse, a pesar de que Ken daba pruebas evidentes de desear que se fuera, a fin de poder continuar el ensayo. Y es que quería decirle algo, algo que apenas se atrevían a balbucear sus labios. Al fin se decidió, y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró preguntarle:

—Dime, Ken... ¿Te interesaría comprar una bicicleta?

—No, a) menos que sea flotante. Estoy pensando en ingresar en la Marina.

Alicia soltó un suspiro.

—Ojalá hubiera una Marina también para nosotras, las mujeres. Te aseguro que ingresarías en ella en seguida.

Se fué, por fin, Alicia; y Ken sintió de pronto un remordimiento muy grande, muy grande, que no le permitía hacer nada, ni siquiera atender aquel ensayo, del que estaban pendientes todos los anhelos de sus amiguitos. Decidido a sacudirse de encima aquel lastre y adquirir la tranquilidad necesaria para proseguir su trabajo llamó a la pequeña Josefina, y le rogó... le rogó que acudiera en su nombre a casa de Alicia para decirle... para decirle que él estaba muy lejos de estar enojado con ella, ¡pero que muy lejos! Solamente un poco dolorido. Cuando vio partir a la niña gozosa y feliz de poder cumplir un encargo semejante, Ken suspiró aliviado y se dispuso a seguir corrigiendo los «nos» de Lady Iris.

Alicia había decidido apurar hasta las heces la amargura de su humillación. Ahora estaba en el mostrador de una joyería —la única que había en el pueblo— buscando afanosamente aquella cosa que pudiera hacer persistir el recuerdo de ella a través de toda una vida. Un encendedor... ¡sí, sí! ¡Un lindo encendedor, cuya eterna llama le hiciera evocar el eterno amor de Alicia Fullerton! Pero, ¡ah! Aquel precioso encendedor que la estaba enseñando el joyero era demasiado caro para su escaso peculio. Veintiséis dólares... ¡Santo cielo! Y ella tenía tan pocos en efectivo metálico.

—Un poco caro, en verdad — aceptó el joyero, cuando la niña le hubo expuesto aquel inconveniente —, pero tiene una ventaja, durará toda la vida...

«Toda la vida»... Aquellas palabras fueron suficientes para que Alicia, que, a pesar de su corta edad, tenía una voluntad de hierro, decidiera en aquel mismo instante no irse de la tienda sin haber adquirido aquel objeto.

—Me quedaré con él — afirmó —. ¿Podría grabar unas palabras?

—Desde luego...

—Pero tendría que ser por hoy mismo.

—Por hoy mismo... y sin aumento de precio.

—Magnífico... Oiga, usted compra oro viejo, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Un minuto... Por favor.

Y del bolsillo de Alicia empezaron a salir varias piezas de oro, piezas insignificantes casi todas

ellas, pero oro al fin. Le mostró primero una:

—¿Cuánto me daría por esto?

—Déjeme usted ver... Dos dólares con ochenta centavos.

—¿Dos dólares con ochenta centavos? —repitió Alicia escandalizada al oír lo irrisorio de la suma.

—Ni un centavo más.

—¿Y por eso?

—Pongamos cinco dólares.

—¿Y por este anillo?

Poco, muy poco era lo que le ofreció el joyero por todas aquellas joyas que Alicia había sacado no sé de dónde. Once dólares en conjunto, y aún con muchos rogacitos. Ni aún uniendo a aquella cantidad todo el dinero que le quedaba podía llegar a los fatídicos veintiséis dólares. El joyero, que había contemplado primero extrañado, luego divertidísimo los apuros de la niña, no se sorprendió gran cosa al que ésta le preguntaba de pronto:

—¿Usted no debe salir mucho de casa, ¿verdad? Ni debe hacer mucho ejercicio.

—Ciertamente, no; pero, ¿qué tiene que ver esto con la venta de este encendedor?

—¡Mucho! —repuso Alicia misteriosamente.

Y señalando su bicicleta, que había dejado fuera:

—Mire usted aquello.

—Bonita —elogió el joyero.

—¿Querría usted comprar esta bicicleta por doce dólares y sesenta y cinco centavos?

Y viendo que el joyero la miraba entre sonriente y burlón, explicó:

—No crea que la vendo porque

me hallé en un apuro... No. Es que me he cansado de ella y deseo guardarla de vista.

El buen hombre se mostró acomodaticio. El espectáculo que le habían proporcionado los apuros de Alicia, bien valía aquel pequeño sacrificio. Decidió quedarse con el vehículo.

—Mis hijos podrán usarla — aceptó.

—Entonces... Trato hecho. El encendedor es mío...

El joyero rió ahora de buena gana.

—Trato hecho — aceptó —. Eres una excelente negocianta... Y Y ahora, vamos a ver... ¿Qué grabaremos en el encendedor?

—Una cosa muy sencilla: «A Vicente. In Memoriam» — repuso Alicia muy serietita.

Y así fue como ella consiguió aquello que tanto había codiciado. Un regalo para Vicente, que le durara toda la vida y que hiciera perdurar el recuerdo de Alicia Fullerton en la vida de Vicente Bullit.

Entretanto, Josefina había ido al encuentro de Alicia. Entró en la casa sin que nadie se apercebiera de su presencia. Como conocía donde se hallaba la habitación de su amiga, se encaminó directamente a ella, segura de hallarla allí. Abrió la puerta, asomó la cabeza, la llamó por su nombre... Nada. Alicia no aparecía. Sobre la mesilla de noche, junto a la cama, había, en cambio, un objeto que atrajo su atención inmediatamente, haciéndola olvidar por un momento lo que la había traído a aquel lugar. Era una

muñeca, una linda muñeca que Fullerton había regalado a la nana, y Fullerton sabía hacer obsequios bonitos.

Josefina cogió la muñeca, la acunó amorosamente, la contempló extasiada durante unos minutos. Pero entonces otro objeto llamó la atención de la niña. Era el diario de Alicia, que ésta había ido confiando día por día, todas sus alegrías, todas sus penas, sus culpas y sus inquietudes. Aquel diario, cuyas páginas la harían conocer más adelante, cuando fuera una mujer y quisiera recordar los días infantiles.

La tentación que sintió Josefina al ver aquel objeto fue algo irresistible, tan irresistible que decidió sucumbir inmediatamente a ella, sin importarle las consecuencias. Sus manos cogieron el diario, lo abrieron por una de sus últimas páginas... Aquellas en las que estaba escrito mil veces el nombre de Vicente Bullit. Sus ojos leyeron:

«Viernes, 12 agosto.

El señor Bullit es un hombre muy complicado y muy interesante. Me parece que está algo aburrido de la vida...»

Saliendo de casa del joyero, Alicia se encaminó al pabellón que ocupaba el periodista. Este, después de unos días de completo descanso, dedicado al «dolce far niente», había decidido sacudir su modorra y complacer a su jefe, cargando sobre él la dura tarea de convertir en artículos periodísticos todas las impresiones de su

último viaje a Europa, y las cosas buenas y malas que allí había visto, que de todo había en la Vinya del Señor.

Bullit, al ver a la niña, la saludó con cariño.

—¡Hola, Alicia! No te olvides entrar.

—Buenos días, señor Bullit...

Y, luego, tímidamente:

—Traigo algo por usted.

—¿Para mí?

—Sí, señor, para usted. Es un regalo para su cumpleaños.

Y viendo que el periodista hacia ademán de desenvolverlo, protestó:

—¡Oh, no! No lo haga todavía. Espere a media noche.

Bullit sonrió.

—Prometido — dijo guardando el paquete y contemplando complacido la carita deliciosa de Alicia.

Sonó el timbre del teléfono. Vicente rogó a la niña que atendiera la llamada. El rostro de ella resplandeció de gozo. ¡Poder sería útil, poder aliviar un poco el trabajo abrumador que pesaba sobre sus hombros! ¡Aquello era ¡a felicidad misma!

Se trataba de una conferencia de La Habana. Al oírlo Bullit se levantó rápidamente y arrebató el aparato de manos de Alicia. En seguida se le oyó pronunciar un nombre femenino.

—¡Gracia! ¿Eres tú? ¡Ah! ¡Finalmente has decidido dejar de bailar la rumba para dedicarme unos minutos? ¿Qué dices? ¿Que cómo he pasado estos días? ¿Pues qué querías que hiciera? ¿Aburrirme asperándote? Sí... sí, desde

luego, hay otra mujer, una mujercita exquisita. Precisamente ahora está aquí en la habitación conmigo. Es mi ángel guardián. ¿Qué voy a hacer esta noche? Vas a irte cuando te lo diga...

Estaba hablando en un tono medio en serio, medio humorístico. Tal vez estuviera un poco dolido de que Gracia no le hubiera llamado antes; pero, por otra parte, conocía los penosos deberes de su profesión, y los sacrificios que ella trata consigo. Seguramente Gracia, que era la gentileza misma, novia y al mismo tiempo camarada, no habría tenido ni un minuto suyo hasta aquel momento. No, Bullit no estaba resentido con ella. Tenía una seguridad absoluta en el cariño de Gracia. No les temía ni poco ni mucho a los seductores cubanos, ni a las noches lánguidas y voluptuosas bajo el cielo de Cuba. Gracia estaba por encima de todo aquello. Había ido allí a trabajar, y ni siquiera se habría permitido la libertad de un inocente coqueteo.

Alicia interrumpió su charla telefónica con Gracia. Bullit, ocupado en hablar con ésta, no se había dado cuenta de la gran turbación que sus palabras habían producido en la chiquilla. Una turbación que, al poner sus freccas y encantadoras mejillas al rojo vivo, no había conseguido otra cosa que aumentar su belleza. Fué con un acento de vivísimo sobresalto que Alicia balbuceó más que dijo, dirigiéndose al joven:

—Un momento... señor Bullit.

Yo creo que... yo creo que será mejor que me... que me...

Pero Vicente seguía hablando con Gracia, y la chiquilla hubo de oír todavía como el periodista se dirigía a aquella misteriosa mujer que, desde allá lejos, desde la hermosa isla cubana, le había llamado para oírle decir unas cuantas linduras.

—No, no iré en avión a La Habana. Es ya demasiado tarde...

—Adiós, señor Bullit —gritó entonces Alicia, cortando por lo sano y saliendo de estampía.

Vicente la vio huir, muerto de risa, al comprender la interpretación que había dado ella a su conversación telefónica, luego, aplicando de nuevo la boca al aparato, murmuró:

—Gracia, Gracia querida, oye-me...

La señora Fullerton vio entrar de repente a su hija como un torbellino. Antes de que hubiera podido decirle nada, Alicia la había cogido por el cuello, la había abrazado, zarandeado y estampado un par de sonoros besos en sus mejillas, y había vuelto a desaparecer con la misma rapidéz con que había venido, metiéndose en su dormitorio. La madre meneó la cabeza sonriendo. Adorable criatura! —se dijo para sí misma—. ¡Será siempre una niña!

La «niña» se sentía, en aquel instante, meno; niña que nunca. Llamó a su doncella para ordenarle que la ayudara a hacer su tocado.

Celeste, Celeste, ven aquí. Quiero que me hagas un peinado

bien elegante. Es necesario que esta noche aparezca muy bonita.

—¿Qué le sucede, señorita? —inquirió la doncella, extrañada al ver el rostro radiante de Alicia.

—Una cosa muy grande... muy grande. Creía que había perdido algo y he vuelto a encontrarlo.

—Yo también perdí una vez el anillo...

—Yo había perdido algo mucho más importante. Había perdido... mi corazón —repuso Alicia con gran acobro de la doméstica.

Allá, en el salón de ensayo, Ken aguardaba la llegada de Josefina. ¿Qué abris dicho Alicia? ¿Habrá podido hablar con ella?

No, Josefina no había visto a Alicia; pero, en cambio, había visto la última muñeca que le regalara su papá, y algo más, algo que la muy pícara trala consigo. El diario de su amiguita, que Josefina, digna hija de Eva, se había entretenido en hojear en el camino de regreso. Cuando Ken se dió cuenta de qué era lo que trala Josefina, se lo arrebató con un gesto rápido e indignado:

—Tras esto acá... ¿Qué te ha...?

La traviesa niña no se inmutó demasiado.

—¡Anda! —dijo socorronamente—. Lee la parte en la que él la coge en sus brazos y te pide que le llame Vicente.

Ken abrió el diario, sus ojos se posaron en unos renglones escritos por la manita de Alicia, y lo que leyó en un instante le hizo el mismo efecto que si aquella misma manita, fina y delicada, se mordió los labios, cerró rápida-

mente el diario y lo guardó consigo, sin hacer caso de las protestas de Josefina.

CAPITULO VII

La fiesta

¡Qué bella estaba la señora Fullerton aquella noche! Más que la madre, habríase dicho que era la hermana mayor de su lindo retoño. No en balde tenía ella fama de ser una de las mujeres más seductoras y elegantes de la buena sociedad neoyorkina. En honor de su huésped, cuyo cumpleaños se disponían a festejar con una alegre fiesta íntima, la señora Fullerton se había puesto deslumbradora.

Alicia entró en el cuarto de su madre. Estaba hecha un ángel, con un trajeito apropiado a su edad. Pero a ella le parecía horrible, ¡sí, señor!, horrible, y precisamente había acudido allí para protestar contra el vestido que se empeñaban en hacerle llevar.

—Mamá —dijo con un tono de disgusto inconfundible—. Mira este vestido, mirado bien, te lo suplico.

La señora Fullerton obedeció. Contempló unos instantes en silencio a su hija y luego...

—¿Qué le sucede al vestido?

—¡Oh, mamá! Parece una botella de leche dentro de él. No es eso sólo. Es que parece que tenga diez años más.

—No es cierto hija mía. Por el

contrario, estás encantadora.

—¡Mamá! —siguió protestando Alicia cada vez con más insistencia—. Fíjate en todo esto...

Y le señalaba los volantes, los lazos, los adornos que hacían tan irresistiblemente encantador aquel traje de adolescente.

La señora Fullerton estaba acostumbrada a los caprichos de su hija. Algunas veces sucumbía a ellos, otras, decidía no dejárselos pasar. Ahora sucedió lo último. La mamá de Alicia cesó de discutir con su hija para decirle en tono autoritario.

—Querida, los invitados están al llegar. Has el favor de marcharte y dejar de hacer comentarios sobre el vestido, que te guste o no te guste, vas a tener que llevar esta noche.

—Está bien —repuso la niña apretando los labios y saliendo muy indignada.

Fullerton estaba poniéndose el cuello cuando vio entrar a su hija. En el intervalo que había mediado desde que salió del cuarto de su madre hasta que se introdujo en la habitación de su padre, la indignación de Alicia había crecido de punto. Antes de que el autor de sus días hubiera tenido tiempo de interrogarla, la chiquilla hizo constar su protesta.

—¡Papá! ¡Oh, papá! Estoy desolada. Mira bien este traje. Tú que eres hombre de buen gusto...

—Me parece sencillamente maravilloso —repuso el papá contemplando embobado la linda figura de la niña—. Preciosísimo. Y ahora... márchate querida mía.

Más tarde nos veremos. Debo vestirme.

—Pero, papá, ¿te has fijado en todas estas cursilerías que me han puesto encima? Parece un traje de bebé... No puedo presentarme a la fiesta con este vestido.

—¿Por qué no se lo dices a tu madre? — Inaltnáu Fullerton desoso de perder de vista a su retoño. Conocía su insistencia cuando se trataba de conseguir algo, y la temía más que a un artículo de un periódico contrario.

—¿Decírselo a mamá? Pero si vengo de allí... ¿Existe una sola persona en el mundo que tenga buen gusto?

Volvió a entrar en la habitación de su madre. Ella fingió no verla. Esto no fué obstáculo para que Alicia permaneciera más de un cuarto de hora andando arriba y abajo de la habitación, suplicando:

—¡Mamá; ¡Mamá! Atiéndeme por favor... Escóchame un momento...

Hasta que, cansada de dar voces en el desierto, se retiró a la soledad de su dormitorio a meditar amargamente sobre el dolor de verse obligada a llevar un traje de niña, cuando una se siente mujer... y enamorada.

Media hora después, Fullerton y Bullit, elegantemente vestidos de etiqueta, se encontraban en el salón de la casa. Las palabras de felicitación del amigo, iban acompañadas de un sobre en las que el jefe había colocado la crecida

suma que él consideraba justa para retribuir a Bullit el trabajo que estaba haciendo.

—Aquí está el premio a tantos sinsabores y desvelos como te he hecho pasar en mi afán de proveer a mis lectores con noticias sensacionales...

—Gracias, muchas gracias — repuso Bullit, tomando el sobre.

—Tengo todavía otro obsequio preparado...

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Se trata de... Gracia. Va a venir aquí. Salíó de La Habana en el correo aéreo de las seis.

—Lo sé. Me llamó por teléfono hace un rato.

—Magnífica muchacha... — ponderó sinceramente Fullerton.

—Sí... Supongo que sería magnífica si le dieras tiempo para ello —repuso Bullit riendo—. Pero tienes un modo tan peregrino de portarte con nosotros, que has conseguido mantenernos separados durante años.

En aquel momento entraba Ken. Llevaba un paquete en la mano. Saludó al dueño de la casa, luego a Vicente, en seguida a la señora Fullerton, que había acudido al encuentro de sus huéspedes. Bullit, que empezaba a habituarse a los regalos, le preguntó señalando el paquete:

—¿Es para mí?

La respuesta fué negativa.

—Alicia no puede tardar en bajar — explicó el padre, al ver que Ken lanzaba ansiosas miradas a todos lados.

Pero, contra lo que había supuesto su papá, Alicia tardaba en

aparecer. ¿Es que acaso había decidido renunciar al martirio de tener que llevar aquel horrible traje infantil que su madre le había escogido?

De pronto, la grácil figura de la niña apareció al pie de la escalera. Bajó lentamente los peldaños, sin fijarse, al parecer, en las miradas de asombro con que Esteban, el criado: Fullerton, su padre, y su misma madre iban siguiendo su descenso. Decir asombro sería tal vez faltar descaradamente a la verdad. Estupefacción y susto, esto era lo que revelaban aquellos tres pares de ojos que la miraban.

Porque Alicia no vestía aquel odioso traje que sus crueles padres se habían empeñado en hacerle llevar. Vestía un traje de mujer. ¡Sí, señores! ¡Un traje de mujer! Y unos zapatos de mujer, con talón altísimo, y peinaba como una mujer, y ¡horror!, llevaba las mejillas pintadas al rojo vivo, y también los labios...

Avanzó majestuosamente, y con el aire más natural del mundo saludó a su asombradísima progenitora.

—Buenas noches, mamá. Hermosa fiesta... ¿no es cierto?

La señora Fullerton, haciendo un esfuerzo supremo para no perder la calma y prodigar a su lindo retoño un par de tremendos azotes, le dijo en tono pausado, pero autoritario:

—Alicia, desce hablar contigo un minuto, pero no aquí, sino arriba.

—Pero mamá, yo...

—No hay peros que valgan. ¡Arriba en seguida!

—¿No podrias decirme aquí mismo? — propuso audazmente Alicia.

—No. Lo que tengo que decirte requiere la soledad de tu habitación.

No hubo más remedio que doblegarse al mandato materno. Alicia subió la escalera seguida de su madre... y de las miradas sonrientes de Fullerton y el criado. Cuando las dos mujeres estuvieron en el cuarto de la primera, la madre decidió hablar, y fué para decirle sin preámbulos:

—Alicia, quitate inmediatamente este vestido y ponte el que te había ordenado.

—Mamá... déjame explicarte. Tú ya no llevas este traje.

—¡Nada de explicaciones! — rechazó implacablemente la madre—. ¡Quitate también estos zapatos...! Y este horrible colorote de las mejillas.

—Es tu colorote, mamá.

Los ojos de Alicia estaban llenos de lágrimas, pero era demasiado orgullosa para dejarlas caer.

Discutiendo sobre aquel traje que la madre la obligaba a ponerse, y que ella se empeñaba en seguir calificando de «vestido infantil», las encontró Fullerton al aparecer en el dormitorio para enterarse de lo que había sucedido. Su mujer se volvió hacia él diciéndole en tono de desesperación.

—Esta criatura se ha vuelto loca, loca de remate.

Alicia vio el cielo abierto Furbertson, como buen exponente del sexo fuerte, era mucho más «débil» a los caprichos femeninos. Pero esta vez el padre, se curó en salud doliéndose anticipadamente: No acudas a mí, Alicia. He venido como testigo solamente.

La madre se mostró mucho más enérgica todavía.

—Ahora, Alicia, hazme el favor de ponerte inmediatamente este traje, y no se hable más de ello.

Alicia dio una patadita en el suelo. Cuando esto sucedía, quería significar que su enojo había llegado al paroxismo.

—Está bien —murmuró con rabia—. Está bien. Me lo pondré puesto que tú me lo mandas, pero no asistiré a la fiesta. Esta es mi última palabra.

Salieron las dos personas mayores; el padre, divertidísimo; la madre, indignadísima. Mientras bajaban la escalera, el padre confesó paladinamente que la nena le había parecido deliciosa con aquel traje. La madre dijo, en cambio, que le había parecido horrible. Nunca, nunca, había visto nada semejante.

—Yo, sí. Tú, cuando tenías veinte años, tenías un traje como éste... Estabas tan bonita, y tan joven como ella... y no has cambiado ni tan solo un poquito —repuso el enamorado marido.

La madre, cuya indignación se había desvanecido prontamente, fué al encuentro de Ken para pedirle... para pedirle que subiera al cuarto de su hija y tratara

de convencerla de que bajara a la fiesta.

Ken accedió inmediatamente, no sin haber objetado:

—No estoy seguro de que quiera hacerlo...

—No seas tonto, Ken. Alicia hará siempre lo que tú le pidas —repuso la madre, segurísima.

Un minuto después, los dos amiguitos estaban frente a frente. Se contemplaron unos instantes en silencio, y luego...

—He venido a traerte una cosa —murmuró Ken con embarazo.

—No es mi cumpleaños... —repuso Alicia.

—Ya lo sé, pero esto te pertenece. Es tu diario...

—¡Mi diario! —gritó Alicia con sobresalto, cogiendo el objeto de manos de su amigo—. ¿Cómo ha llegado a tus manos?

—Joseph lo encontró. Lo habrá perdido en algún sitio...

—¿No lo habrá mostrado a nadie?

—¡Claro que no, Alicia!

—Y tú...

Esta vez Ken no se atrevió a mentir.

—Yo... yo empecé a leerlo un poquito, pero en seguida lo dejé —confesó paladinamente.

Alicia proyectó ligeramente.

—No... no se lo dirás a nadie. ¿Verdad? —suplicó como un culpable cogido en falta.

—No, Alicia; te lo prometo. Me dejaría matar antes. Tú debes creerme. He sido tu mejor amigo. Haría cualquier cosa por ti.

—Habrás creído que soy una tonta...

—Nada de eso, Alicia. Todo lo contrario.

Hubo unos instantes de silencio. En seguida volvió a hablar Alicia. Sus palabras fueron como una confesión: ¡Tenía tanta necesidad de abrir su corazoncito a alguien que la comprendiera!

—El es tan simpático... ¡Ha sido tan bueno conmigo! No tiene la culpa de que yo, de que... Pero tal vez tú no puedas comprenderme. Papá dice siempre que las mujeres tenemos mucha más experiencia que los hombres.

—Esto es lo que dice también mi madre. En fin, Alicia, tu madre me ha mandado aquí para pedirte que bajes conmigo a la fiesta.

—No —rechazó la muchacha—. Prefiero quedarme aquí y escuchar la música. ¿Sabes? El me dijo algo gracioso el otro día. Me dijo que... que había creído que tú estabas enamorado de mí.

La risa brotó de los labios de Ken, pero si Alicia no hubiera estado tan absorta en su amorosa quimera, habría podido comprobar en seguida que era tan falsa como las palabras que siguieron.

—¡Gee! Los hombres más geniales son tontos muchas veces...

—Tal vez lo dijera en broma... O quizás esté celoso. No se hace cargo de que tú y yo somos solamente amigos, que hemos crecido juntos, y que hemos estado siempre juntos hasta ahora.

La turbación de Ken era ahora tan evidente, que sólo a los ojos

ciegos de Alicia podía pasar desapercibida. Antes de que ella lo notase decidió poner tierra de por medio.

—Adiós, Alicia —dijo—. Tengo que retirarme. Papá me necesita.

—Adiós, Ken —repuso la cruzadísima chiquilla, indiferente a la partida de su amigo—. Gracias por no creerse una tonta, y por haberme devuelto el diario.

Mientras Alicia y su compañero compartían amigablemente, Bullit, el indago Bullit, estaba siendo víctima de los entusiasmos de una invitada amante de horticultura. Se había empeñado en que él visitara su jardín, y, el periodista, a fuer de hombre galante, tenía que contestar que lo haría complacidísimo. El entusiasmo de la señora al oírle decir que él también adoraba las flores subió de punto, al mismo tiempo que subía de punto la desesperación de Bullit. Al ver a Ken bajar corriendo las escaleras, se dijo que la Providencia lo había puesto en su camino para ayudarlo a salir de aquel trance tan difícil. Lo llamó ansiosamente.

—¡Ken!

El muchacho se detuvo.

—Perdone un momento, señora. Tengo que decirle algo al chico...

Y, así fué como gracias al amigo de Alicia, Vicente Bullit se vió libre de la insoportable horticultora.

—Gracias, Ken, muchas gracias. Ha aparecido en el momento propicio, ayudándome a sacudirme esta señora — dijo cuando quedaron solos.

—Yo me marchaba ya... — repuso el muchacho, y en su tono de voz se notaba un ligero resentimiento.

—No te lo reprocho. Yo haría lo mismo si pudiera, pero es imposible. Se trata de una fiesta en honor mío. Y si supieras lo que me aburren estas cosas.

—Cuando sea tan viejo como usted tal vez tampoco me gusten las fiestas.

La respuesta había sido hecha con la peor de las intenciones. Bullit la recogió al vuelo. Desde su encuentro con Ken en el bar, se había dado perfecta cuenta de que el muchacho sentía una clara animosidad contra él. Ignorando sus causas, porque dicho sea en honor a la verdad, el periodista estaba muy lejos de sospechar que aquella deliciosa criatura, hija de su principal, le hubiese dado en flor de enamorarse de él, no podía explicarse por qué habiéndose mostrado tan cordial con él y sus compañeros desde el primer momento Ken le pagase con aquella moneda.

Decidido a hacérselo suyo, se propuso retenerlo un rato junto a él, y, para ello, nada mejor que empezar tomándose a broma la pua.

—Me imagino que cuando tengas mi edad estarás siempre sentado junto al fuego, en una silla de ruedas, y con un chal anudado a la garganta... — repuso humorísticamente.

—¡No tanto! En fin, señor Bullit yo sé que es usted un hombre

célebre. Ha visto muchas cosas, ha sido herido haciendo reportajes, es usted famoso, todo el mundo lee sus artículos, pero ¿qué hacía usted cuando tenía mi edad?

—Iba a la escuela de una pequeña ciudad de Iowa. Pescaba un poco en el lago, jugaba al balompié con el equipo del colegio. Iba Jack London, Kipling, Shelley no era un mal muchacho... Vivía en el mejor de los mundos, sin preocuparme ni poco ni mucho de los grandes problemas que agitan a la Humanidad. Pero... ¿por qué me preguntas eso?

—Porque... porque sospechaba que no había sido usted siempre famoso...

Bullit rió con aquella risa franca y abierta que conquistaba sus mismos enemigos.

—Si he de ser fiel a la verdad, te diré que tampoco lo soy ahora.

—Entonces... ¿por qué se conduce usted como si lo fuera?

Los ojos azules de Bullit se fijaron en Ken, con expresión inquisidora, como si quisieran descubrir el motivo de aquella hostilidad sorda. En seguida, se dulcificaron, y con el tono festivo con que había estado hablando hasta entonces, preguntó:

—Muchacho... Tú no me quieres mucho, ¿no es cierto?

Ken se encogió de hombros.

—No creo que esto le preocupe...

—Te equivocas. Ken. No me gustan los odios.

—Yo no le odio, señor Bullit —

repuso Ken, con acento sincero— Y ahora, antes de marcharme, quisiera decirle una cosa...

Entonces los oídos de Bullit oyaron la cosa más peregrina que habían escuchado nunca. Las palabras de Ken le dieron la clave de todo, descubrieron el secreto de aquella hostilidad contra él... pero, ¡a qué precio! Al precio de hacerse perder en un solo instante la tranquilidad que había logrado encontrar en aquel rincón, junto a sus buenos amigos, junto a la deliciosa Alicia, al precio de sentirse envuelto en un apuro tan grande, tan grande, que casi, casi habría preferido hallarse en una línea de fuego, escribiendo reportajes mientras las balas silbaban a su alrededor, exactamente como le había sucedido hacía poco tiempo.

—Señor Bullit, yo le ruego que sea bueno con ella, y sobre todo, que no olvide que aunque cree saber mucho, en realidad lo ignora todo. ¡Es una verdadera chiquilla! No le haga usted daño, no hiere sus sentimientos, porque no lo merece. Después de todo es aún una niña. No crea usted que yo le odio por eso... No, no le guardo rencor. Ha sido una lucha noble. La ha ganado el hombre que valía más...

El rostro de Bullit, a medida que iba hablando Ken, iba expresando un asombro imposible de describir. ¿Qué diablos estaba diciendo aquel muchacho? ¿A quién se refería? Faltaba un solo instante para la gran revelación, y Vicente Bullit, el periodista ge-

nial, el psicólogo eminente, seguía todavía en la higuera. Tan lejos estaba de imaginarse la verdad, como cerca de creer que Ken acababa de volverse loco.

—Un momento, muchacho... Empecemos por el principio. ¿Quién es esa «ella» que me estás colocando a cada momento?

—¿Quién? Pues, Alicia; quiero decir la señorita Fullerton.

Bullit soltó un respingo.

—¿Y qué es lo que ha ganado el que vale más?

—¡Alicia! Por supuesto.

Lo que acababa de oír le pareció tan enorme que decidió tomarlo a broma.

—¿Y quien te ha dicho esta cosa tan peregrina?

—Ella misma, señor Bullit. Somos los mejores amigos del mundo. Nos hemos criado juntos. Somos casi como hermanos.

Todas aquellas afirmaciones no parecieron convencer a Bullit que siguió preguntando, convencido de que Ken le estaba haciendo objeto de una burla. Pero el chico se despidió, no sin haberle dicho antes en un tono muy serio y muy triste, que no dejaba lugar a dudas:

—Adiós, señor Bullit. Le deseo que sea usted muy feliz con ella y tal vez cuando estén en la China... quieran acordarse de mí.

Se fué el muchacho dejando al periodista bajo la pesadilla de aquella duda horrible, y, de pronto, la voz de Fullerton vino a sacarle de aquella especie de estupor en el que le habían dejado las palabras de su amiguito.

—Vicente: ¿dónde te habías metido? Estábamos esperándote para hacer cantar a Alicia. Su madre ha conseguido por fin hacerla bajar diciéndola que quería ir.

—Es que no me siento muy bien y quisiera retirarme... pero no hubo otro remedio que resignarse. ¿Acaso la fiesta no se hacía para él?

Volvieron al salón, y apenas los ojos de Alicia divisaron la figura de Vicente, empezó a cantar una canción, que era como el eco de lo que pasaba por su corazón.

¡Mío!

Déjame que te llame mío.

Déjame dedicarte mi canción de

[amor.

Toda mi vida está pendiente de

[ti.

Dime que eres mío, como yo soy

[tuya.

Y que lo seas eternamente.

Mis sueños se condensan en un

[solo deseo.

Poder llamarte mío...

Ahora ya no le cabía la menor duda de que Ken había dicho toda la verdad. La venda que había cegado los ojos de Vicente Bullit cayó de golpe, poniéndole frente a una realidad terrible, un problema insoluble. Como había pedido producirse aquella catástrofe él no lo sabía, pero era cierto que se había producido. Alicia Fullerton se había enamorado de él, le estaba ha-

ciendo el altísimo honor de dedicarle el primer amor de su corazón... Si, sin duda, debía ser muy halagador para un hombre ser el primer amor de una mujer... pero Bullit habría preferido en aquellas circunstancias renunciar a él. ¡Dulce, querida, infantil Alicia! ¿Por qué le estaba acarreado aquel trastorno? Vicente, como todas las criaturas de su sexo, era un redomado egoísta. En aquel momento no pensaba más que en sí mismo, sin importarle un ardite lo que pudiera sufrir Alicia.

Terminó el canto. Aplausos, felicitaciones, besos y abrazos Bullit y Alicia frente a frente contemplándole ella con arrobo, él queriendo desaparecer, hundirse cien pies bajo tierra. Todo menos arrostrar aquella dulce mirada de los queridos ojos azules.

Precisamente en otro lugar y en aquel mismo momento, su amigo Ken estaba pasando «las moras» por culpa de Josefina, la traviesa Josefina, que se había destapado de pronto con una declaración de amor. Si, ella le quería mucho más de lo que podrían quererle todas las demás chiquillas de la tierra. Y, el pobre Ken, se voló negro para controlar aquel diablillo empeñado en abrazarlo y decirle que no quería irse a dormir porque había tenido un sueño horrible, de un león que se le quería comer. ¡Amor! Cuantas equivocaciones se cometen en tu nombre.

CAPITULO VIII

Desengaño

Bullit tomó el único partido que podía tomar un hombre honrado. Contarle la verdad al matrimonio Fullerton. Decirles que el cariño a su hija era completamente gratuito, que él no había hecho nada para despreciarlo ni para merecerlo y que se marcharía en seguida, ya que era aquel el único remedio.

Fullerton escuchó el relato paseando arriba y abajo de la habitación, y haciendo gestos expresivos. Cuando hubo terminado se detuvo frente a su amigo, y le dijo:

—Sabía que tarde o temprano llegaría el momento en que tendré de dirigir la palabra al hombre que Alicia hubiera escogido como marido, pero francamente no sospeché nunca que fuera tan pronto... ni que fueras tú el hombre.

—No digas tonterías —objetó Bullit—. He querido decirles la verdad de lo que ocurre, y ahora que sabéis a qué ateneros, me largo inmediatamente.

Entonces la señora Fullerton, que hasta aquel momento había permanecido silenciosa, intervino para decir:

—No puede abandonarnos, Vicente. Sería contraproducente y peligroso. Yo sé lo que me digo. Cuando una criatura en esta edad cae en una crisis semejante, puede convertirse en un ser infinita-

mente desgraciado si no se obra con tacto. La ausencia de usted sería el peor de los venenos para su enfermedad. Créame a mí. Lo sé por propia experiencia.

La mirada que le dirigió su marido era todo un poema de sorpresa y curiosidad.

—¿Desde cuánto te dejé yo abandonada durante nuestro idilio?

La señora Fullerton sonrió.

—No se trataba de ti, querido —repuso dulcemente.

—¿Cómo?

—Fué otro hombre, lo que se llama «el primer amor».

—Y... ¿se puede saber quién era? —inquirió el marido entre divertido y amoscado.

—Por ahí debo tener un retrato...

—¿Un retrato? A fe mía que me gustaría ver la edgie de mi rival...

La señora Fullerton cogió un Album de fotografías, lo abrió y colocó ante las narices de los dos hombres un retrato de familia. Señaló con el dedo uno de los componentes del mismo.

—Era el profesor de equitación de mi hermano. Yo tenía entonces catorce años y me enamoré perdidamente.

Bullit y Fullerton contemplaron unos instantes la figura de «Adonis» que, veinticinco años antes, había tenido la virtud de trastornar la linda cabecita de la madre de Alicia, y luego se echaron a reír. La figura de marras era de lo más grotesco que había visto sus ojos.

—Sí, sí, vosotros os reís ahora

y yo también lo hago, pero entonces fué una cosa seria... ¡Y tan seria! ¡Cómo que hasta quise morirme! Se me ocurre una idea. Voy a ir al cuarto de Alicia, le mostraré la fotografía y le diré toda la verdad...

—Un momento, querida —atajó su marido—. No me parece prudente darle a entender a la niña que conocemos su dulce secreto. Mejor será que se la muestres y trates de darle una idea de lo que será un retrato de Vicente dentro de veinte años.

Bullit rió con la risa del conejo, pero aprobó el plan de su amigo.

Y así fué como lo señora Fullerton con esta gramática parda que tienen todas las mujeres, y con su sabio instinto de madre, supo encauzar la conversación con su hija hacia lo que ella quería y llegado el momento oportuno le mostró la fotografía. En ella aparecía también la madre... cuando tenía la edad de Alicia.

—Fíjate en lo ridícula que aparezco, y no obstante, entonces era la más seductora de las criaturas.

—Mamá —dijo Alicia, cayendo inconscientemente en la trampa que su progenitora le tendía—. ¿Quién es este terrible señor, vecino al tío Bill?

—Este terrible señor... En aquel tiempo que estaba enamorada de él... ¿No resulta gracioso? Enamorada de un hombre que podía ser mi padre...

—Pero ¿tú eras una criatura...

—Tenía la misma edad que tú ahora, pero entonces creía ser lo

suficientemente mujer para enamorarme. ¡Qué cosa tan ridícula! Tan ridícula como si tú te enamorases de alguien tan viejo como era ya este señor cuando yo me empecé en que era el ser más perfecto de la tierra, alguien que... ¿cómo diría yo? Que dentro veinte años aparezca tan raro y tan ridículo como aparece ahora a nuestros ojos este pobre Oswald.

Alicia había batado la cabeza. Ya no miraba el señor de la fotografía. Sus mejillas se habían teñido de un vivo color púrpura.

—Madre —balbuceó—. Tengo algo que comunicarte... Algo acerca de esto de enamorarse.

La señora Fullerton sonrió. Besó cariñosamente a Alicia.

—¡Oh! Esta noche no, querida mía. Me siento terriblemente cansada, y además, tu padre me está aguardando. He querido venir a verte y platicar un rato viendo estas fotografías familiares, solamente para demostrarte que te he perdonado plenamente la travessura del vestido. Ahora descansa, hija mía, y recuerda esta fotografía, que te hará reír un poquito. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuraron las labias de Alicia, sin atreverse a objetar nada.

Y cuando la señora Fullerton, no demasiado convencida de la eficacia de su método, fué a comunicar a los dos hombres el resultado de su entrevista con su hija, Fullerton le dijo cariñosamente:

—No te preocupes por ello, que-

rida. Yo voy a solucionar este conflicto doméstico, sin que tengamos que sufrir a nuestro ángel.

—Quisiera poder ayudarles... — imitó el infeliz «culpable», poniendo una cara de lástima que hizo reír a los Fullerton.

La táctica de Fullerton fracasó lamentablemente. Acudió al cuarto de su hijita, con el ánimo de poner por los suelos a aquel periodista al que, en realidad quería más que las niñas de sus ojos, pero el resultado no pudo ser más despreciado.

—Ha sido una fiesta agradable, ¿no es cierto, querida? — empezó diciendo

—¡Agradable? Maravillosa, papá, sencillamente maravillosa.

—Aquí entre nosotros te diré que no creo que Bullit mereciera nuestros desvelos. Ni siquiera le gusta la música.

—Oh, no digas esto, papá. Es un hombre extraordinario. Diferente de todos los demás.

—Te equivocas, querida Alicia. Conozco a Bullit desde hace tiempo y puedo asegurarte que no es nada distinto de los demás. Un hombre perfectamente vulgar... Además, todo le es indiferente.

—Tal vez es porque no ha hallado todavía lo que le haga tener interés en la vida.

—Bah, es demasiado viejo ya para cambiar.

—No digas eso, papá. Vicente no es un viejo. Además es algo excepcional. Ha visto tantas cosas, ha tenido tantas aventuras, como por ejemplo la de la espía que nos contó la otra noche...

—¡Bah! Invencciones tuyas. No creas ni una palabra de lo que dijo. Trucos de buen reportero.

—¡Papá! — exclamó Alicia escandalizada... Pero si tú vas a publicarlo en el periódico y tú dices siempre en primera página «EL GLOBO DICE SIEMPRE LA VERDAD».

—Sí, claro... pero... En fin, Bullit es un periodista como hay muchos.

—No, no, esto no es cierto. Es diferente de todos.

—Tal vez tenga un poco más de talento, pero pronto se le atrofiará. Tú no puedes imaginarte la vida que lleva este hombre. Bebe como un tonel...

—Tal vez es porque no tiene una mujer que le cuide amorosamente, como él merece. ¡Oh, no precisamente ahora, pero dentro de tres o cuatro años...!

—Dentro de tres o cuatro años Vicente será casi tan viejo como yo soy ahora.

—Todo papá... todo habrá envejecido entonces. Esta casa, mamá, tú, yo también...

El señor Fullerton se dio por vencido. Había estado braecando contra la adversidad desde que había llegado al dormitorio de su hija dispuesto a dejar en ridículo a Bullit ante sus ojos, y matar aquel amor en flor, pero lo único que había conseguido era convencerse de que la «coladura» de la pena, era mucho más intensa de lo que él mismo se imaginaba. No, no era con palabras que conseguirían destruir la imagen adorada en el corazón de Alicia, se

necesitaba algo más una cura mucho más fuerte y radical. Fue casi con enojo que se despidió de su retoño.

—He venido aquí para ver si estaba tu madre, y no para hablar de Bullit. Por lo tanto, me marchó en seguida. Tú acuéstate y no pienses en este periodista del diablo, ni en lo que necesite o deje de necesitar. Es un gorro viejo, te lo aseguro. Yo lo conozco desde hace mucho tiempo.

La respuesta de su hija le dejó helado.

—¿Es cierto eso, papá? Entonces... ¡Qué feliz eres!

Al día siguiente, el señor y la señora Fullerton se encontraron en la terraza a la hora del desayuno. Ni el uno ni el otro habían logrado pegar ojo pensando en su hija. Tampoco Bullit, que apareció por allí, pálido y malhumorado había tenido mejor suerte. Los tres estaban preocupados por la misma idea. Ninguno de los tres conseguían encontrar la solución inmediata.

—Yo iría con mucho gusto a hablar con ella y decirle... pues decirle que era muy linda, y muy dulce y... todo esto, pero que... en fin, amigos míos. No sé verdaderamente no sé lo que podría decirle. Tal vez pontéame yo mismo de vuelta y media...

—No se conseguiría nada. Ella no creería ni una sola palabra.

Y viendo que Alicia se acerca-

—¡Shhh! Ahí viene...

Alicia saludó con un beso a sus padres, murmuró un «Buenos días, Vicente» que era todo un poema de dulzura, y se dispuso a desayunar.

En aquel momento por la mente de Bullit cruzó una idea genial que se dispuso a ponerla inmediatamente en práctica. Adoptando el aire más insolente del mundo, y con unos modales dignos de un cochero, dijo dirigiéndose a la señora Fullerton y llamándola familiarmente por su nombre de pila:

—Dolores, no quisiera convertirme en un huésped difícil, pero hay una cosa que no puedo soportar, y es que las tostadas tengan gusto a quemado...

Estupor de los Fullerton, gesto dolorido de Alicia, que dirigiéndose a «Vicente» le dijo con aire desolado:

—¡Oh, qué vergüenza! ¡Déjeme que vaya a la cocina y le haga unas tostadas a su gusto...

Los tres cómplices se dirigieron una mirada aterrada. En seguida Bullit, sin darse por vencido, dijo con el mismo tono con que habría hablado al último de sus criadas:

—No, no, deberían haberla hecho bien desde el primer momento. Ahora no me sirve. Es intolerable...

Parecía tan excitado por aquel incidente tan fútil, que el señor Fullerton se creyó obligado a advertirle:

—Bullit, no ovides tu presión arterial.

—Papá... No tiene nada de ex-

traño que el señor Bullit se haya puesto así. Deberíais recordar que está enfermo y hacer las cosas a su gusto—objetó la enamorada.

—¿Quién dijo que no estoy bien? — chilló Bullit, metido ya de lleno en su papel decidido a llegar hasta el asesinato si fuera necesario con tal de decaer a los ojos de Alicia.

Pero el amor es ciego siempre, y el de una niña de catorce años lo es todavía mucho más.

—¡Oh, no he querido ofenderle! — contestaron humildemente los labios de Alicia—. Usted está ya casi bien, y estaría mejor todavía si ciertas personas no se empeñaran en hacerle trabajar demasiado y encima lo alimentaran mal...

La escena se prolongó todavía un cuarto de hora, un terrible cuarto de hora, durante el cual Bullit tuvo que decir todas las impertinencias que se le ocurrieron de acuerdo con las circunstancias y Alicia soportó todas las humillaciones con el estolicismo digno de una enamorada de catorce años, llegando hasta prometer que cada mañana sería ella la que le preparara el desayuno.

Al fin, Vicente sintiéndose incapaz de resistir más aquel estado de cosas, decidió darse por vencido. Pero no habían de acabar allí las sorpresas de los padres de Alicia. Pronto se enteraron por boca de ella misma que no tomaría parte en la función. Todo, todo había dejado de interesarle. Todo lo que no fuera Vi-

cente Bullit, todo lo que no se refiriera a él, todo lo que no pudiera redundar en beneficio suyo.

Y en aquel momento, traída por la Providencia llegó la única persona que podía remediar el mal. Gracia, la novia de Bullit. Vicente, ovidado momentáneamente de sus cuitas, se levantó presuroso y fué al encuentro de la recién llegada con los brazos abiertos. Los dos enamorados se abrazaron. ¡Hacia tanto tiempo que no habían podido hacerlo! Desde que Vicente, esclavo de su profesión, había partido para Europa.

—¡Gracia! ¡Corazón! Cuántos deseos tenía de verte... Por cierto — le dijo en voz baja— por cierto que debes ayudarme a salir de aquí, lo más pronto posible. Luego te contaré.

Se acercaron a la mesa del desayuno. Fullerton se levantó, saludando débilmente a la joven.

—¡Gracia! Nunca fué tan bienvenida su persona como en este momento.

Y luego, volviéndose a su esposa:

—Dolores... No creo que constas a LA SEÑORA BULLIT.

Y luego...

—Mi mujer... Mi hija...

Una rápida mirada, un gesto de inteligencia. Gracia comprendió en seguida. No sabía a ciencia cierta lo que, pero sí que debía representar una comedia.

—¡Qué cosa tan agradable volver a ver a mi mujercita después de tanto tiempo de estar separados!...

Aquellas palabras las habían

pronunciaban los labios de Bullit. Era una crueldad hacia aquella pobre criatura, casi una niña, que de una manera tan inconsciente le había hecho ofrenda de su cariño, pero era una crueldad necesaria. Era preciso curarla sin reparar en los medios, por muy dolorosos que éstos fueran.

—Vicente me ha hablado mucho de usted. No sabía hablarme de otra cosa—dijo la señora Fullerton.

Gracia sonrió con malicia.

—Sin embargo, yo tengo algo que decirle al señor Bullit, y no precisamente agradable...— resuso.

Y luego dirigiéndose a su «marido»:

—¿Quién es la mujer de ahora, Vicente?

Bullit puso cara de niño travieso.

—¿La mujer de ahora? No te entiendo. Gracia, a fe mía, que no te entiendo.

—La mujer de la que me hablaste por teléfono, aquella que según dijiste te hacía sentir joven, fella... tanto que no te importaba mi regreso...

—¡Ah! Ahora comprendo. Se trataba de Alicia.

La risa de Gracia se dejó oír...

—¿Esta niña? ¡Y pensar que por unos momentos casi llegué a sentirme celosa!

—Sí, ella me ha cuidado amorosamente y se ha encargado del arreglo de todas mis cosas mientras he permanecido aquí.

Gracia se volvió entonces hacia ella. El color que iluminaba siempre las mejillas de Alicia había

desaparecido por completo.

—¡Gracias, Alicia, gracias por haber sido tan buena con mi señor marido! ¡Ah, tú no sabes, chiquilla, lo egoísta que es este hombre! Sería capaz de permitir que hicieras todas las cosas del mundo por él. Hay hombres que son siempre niños. Hombres a quienes las mujeres echan a perder. El es uno de ellos. No permitas que te convierta en su víctima...

La boquita de Alicia se contrajo en un rictus doloroso. Fue con una vocecita débil como un suspiro, que contestó:

—¡Oh, no. Yo me limité a contestar las llamadas telefónicas y a arriarle los lápices. Eso es todo.

—Así empieza siempre— continuó Gracia implacable.— Pidiéndote que le afiles el lápiz y contestes las llamadas telefónicas.

Al llegar a aquel punto del diálogo, Bullit se creyó obligado a protestar.

—Escucha, mujercita— le dijo.

—Estás haciendo un retrato tan negro de mí, que casi, casi, me atrevería a decir que exageras. No quisiera que a través de tus palabras Alicia me creyera peor de lo que soy. Después de todo, aunque estemos casados, yo no tengo la culpa de que otras mujeres se enamoren de mí.

Y entonces los actores de aquella escena vieron erguirse ante ellos una Alicia completamente distinta, una Alicia furiosa e indignada, que acababa de ver caer roto en mil pedruzcos al ídolo de

su imaginación, y se revolvía contra él.

—Y usted... usted se atreve a hablar así a su esposa...

No dijo más. Dió media vuelta, y entró corriendo en la casa. La señora Fullerton hizo ademán de seguirla, pero su marido la detuvo por un brazo. La pócima había sido amarga, pero el remedio era seguro.

—¿Lo he hecho bien? — inquirió Gracia cuando la niña hubo desaparecido.

—Magníficamente repuso Fullerton.

—Si ustedes me hubiesen avisado antes, lo habría hecho todavía mejor.

—Y si llegamos a hacerlo mejor — repuso Bullit humorísticamente — a estas horas no habría por donde cogémoslo.

Cansada de llorar, Alicia había salido al jardín. El aire frío del atardecer alivió un poco su mal-estar, refrescando su frente ardorosa. Había llevado consigo su diario, y acababa de arrancar de él las últimas hojas, aquellas que estaban todas ellas llenas de Vicente Bullit. Tan fuerte como su amor había sido su desengaño, y tan rápido como el primero sería también lo segundo. Todavía la última lágrima temblaba en sus pestañas y ya la dulce sonrisa de la niña pugnaba para asomar a sus labios.

De pronto oyó una voz amiga llamándole por su nombre. Era Ken, su querido compañero, su

inseparable camarada, su amigo leal.

—He venido a despedirme— dijo después de haberla saludado.

—¿A despedirme?

—Sí, me marcho a Nueva York, a la oficina de mi padre. En seguida ingresaré en la Marina. Salgo ahora mismo para allá.

—¿Ahora mismo? No puede ser, Ken. ¿Cómo vas a irte ahora! ¿Y la función?

—No hay tal función. Mary Lee ha caído enferma. Su madre dice que es apendicitis, pero yo creo que lo que tiene es miedo de salir a escena.

—Pero esto no significa que tengas que suspenderse la representación.

—Si tú quisieras encargarte del papel de Lady Iris...

—Si Mary no puede hacerlo, ¿por qué no? Con muchísimo gusto. Desde luego, si a ti te parece bien.

—¿Qué si me parece bien? No he estado deseando otra cosa desde que tú renunciaste.

—¡Oh, Ken, qué alegría más grande! No sabes el bien que me haces — gritó la niña, en cuyo rostro volvía a asomar la alegría— Entremos en casa y telefonaremos a nuestros amigos...

Hasta ellos llegaron ruidos de voces y risas. Ken miró a su amiga. Los labios de Alicia tuvieron un trance desdoblado.

—¿Tenéis visitas?

—¡Bah! No te preocupes por eso. Nadie de importancia. El señor Bullit y la señora Bullit...

—¿La señora Bullit? — repitieron los labios de Ken.

Y luego, con una exclamación de alegría:

—¡Whoopee!

*Quiero vivir mucho tiempo
En este sueño embriagador.
Dulce llama yo te guardo
Como un tesoro en mi corazón.
El amor haye y no vuestro,
Es efímero y doloroso,
Dejame seguir soñando
mi sueño de juventud...*

Es Alicia la que canta. ¡Y cómo canta! Poniendo toda su alma en cada estrofa de la canción, con aquel tesoro de voz que la Naturaleza ha querido otorgarle a fin de hacerla todavía más encantadora. Entre los espectadores figuran los padres de la niña, y Vicente Bullit, al que acompaña Gracia, con la que va a contraer pronto matrimonio, aunque sea sólo para darle gusto a aquel diablo de Fullerton. Todos la escuchaban arrobados, pidiendo mentalmente perdón a aquella dulce criatura a la que

tuvieron que herir cruelmente a fin de poder restituírle la infantil alegría de que vuelve a gozar ahora.

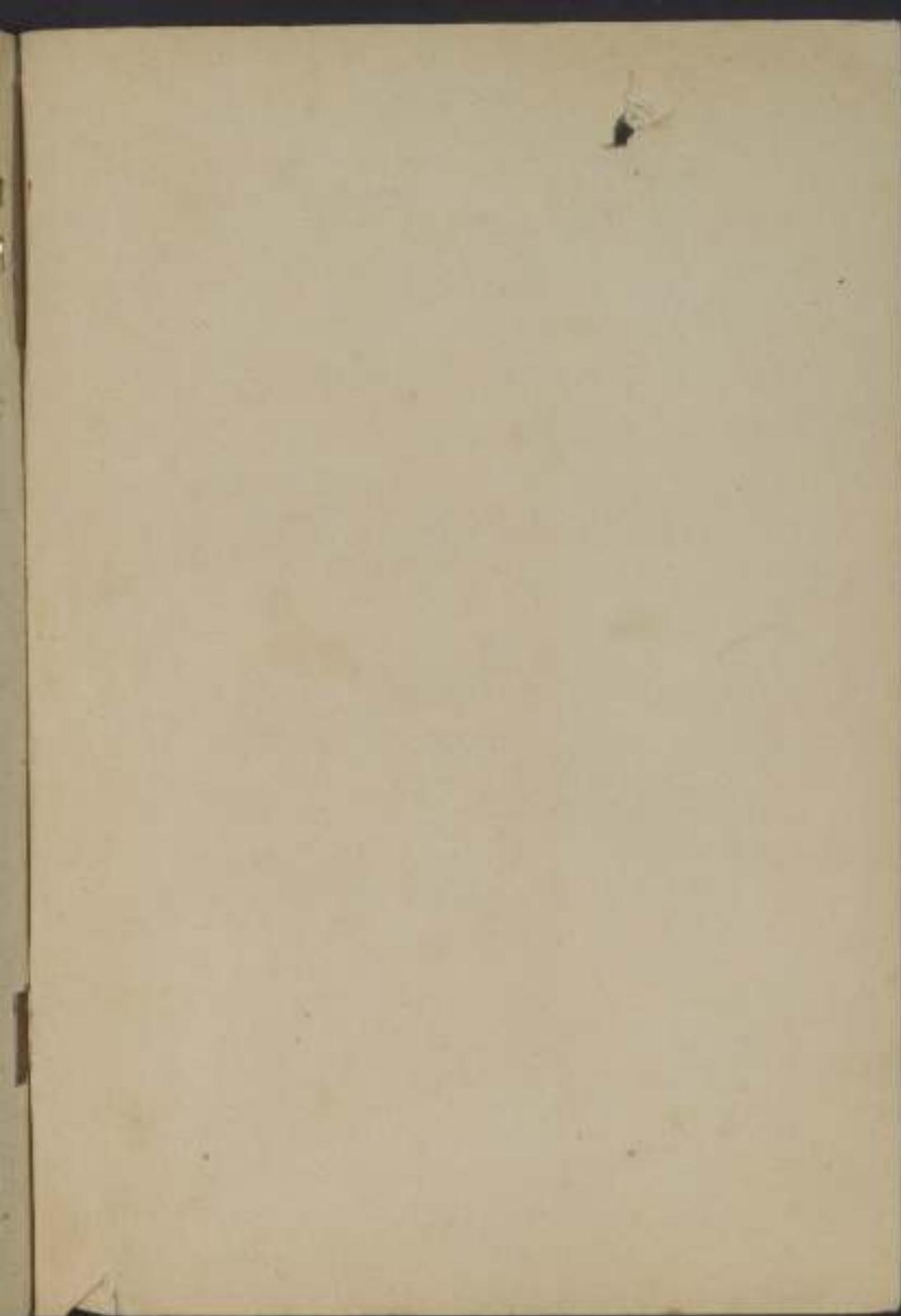
Termina la canción. Una salva de aplausos estalla en la sala, llena hasta los topes de una concurrencia distinguidísima. La cortina se descorre una, dos, cinco, diez veces, para dar paso a Alicia, que saluda emocionada.

Y cuando el eco de la última palmada se ha extinguido en la sala, Ken, que ha presenciado la obra entre bastidores, corre al encuentro de su amiga, la abraza, la estruja, la besa en ambas mejillas, hablando atropelladamente:

—¡Oh, Alicia! Has estado maravillosa, simplemente maravillosa. El público se volvía loco.

El que se vuelve irremediablemente loco es él, atacado de una crisis de entusiasmo que le pone fuera de sí mismo, mientras Alicia transportada de gozo, sonríe, sonrío... y se deja abrazar y besar por su compañero de juegos infantiles, que ha vuelto a ocupar el primer puesto en su corazóncito...

FIN



PUBLICACIONES CINEMA
CALLE BAILEN, 111
BARCELONA

VDA. M. BLAS - BARCELONA

Precio: 2 ptas.